



RES
894
(4)

BIBLIOTECA DE GASPAR Y ROIG.

EL ULTIMO ABENCERRAGE.

POR EL VIZCONDE DE CHATEAUBRIAND.

TRADUCIDA

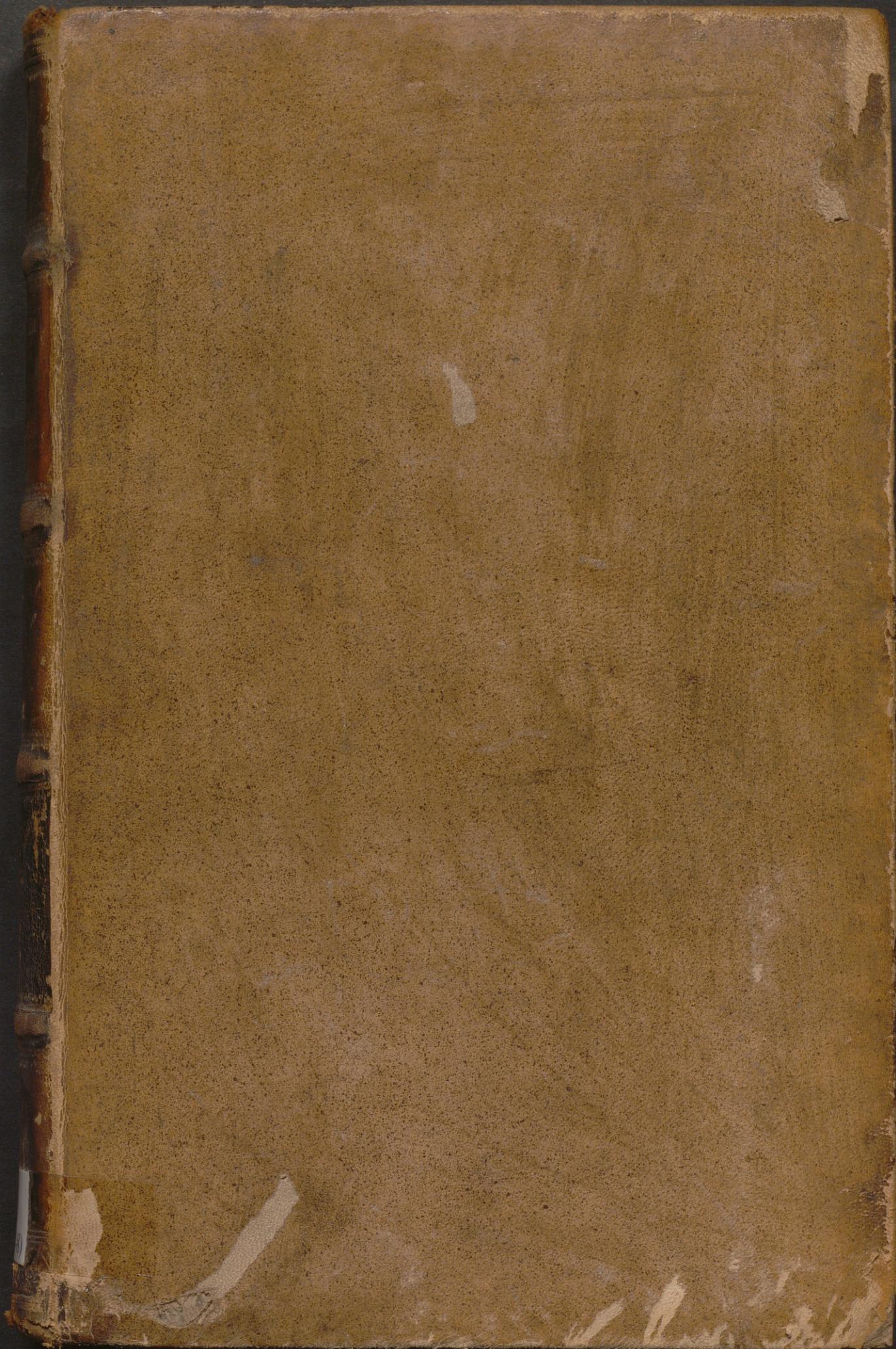
POR DON MANUEL M. FLAMANT.

A-1834368043



CHATEAUBRIAND.

MADRID:
IMPRESA Y LIBRERIA DE GASPAR Y ROIG, EDITORES.
calle del Principe, número 4.
1865.



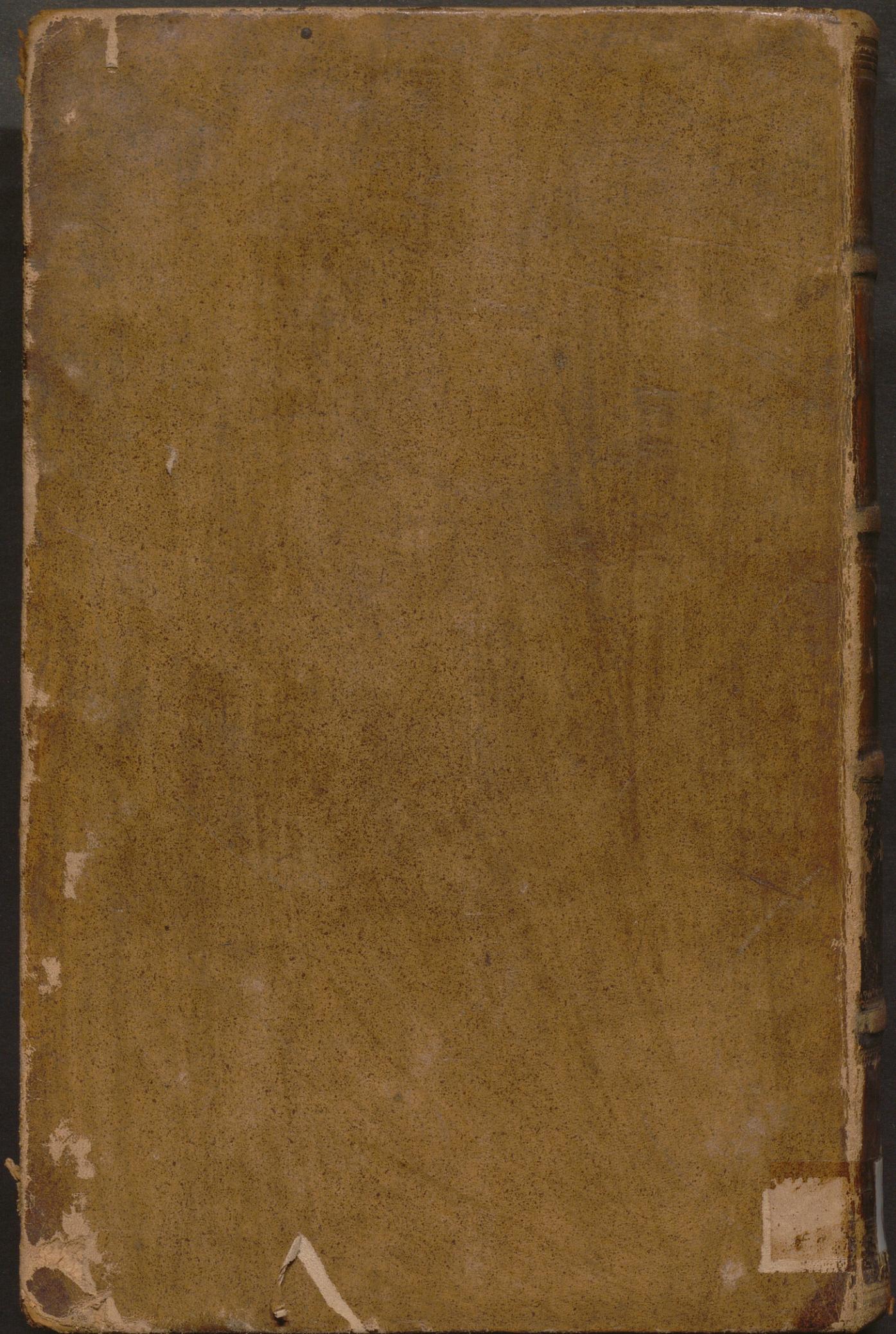
CHATEAUBRIAND

OBRAS

COMPLETAS

2

RES
894 (1-8)



RES
894
(4)

BIBLIOTECA DE GASPAR Y ROIG.

EL ULTIMO ABENCERRAGE.

POR EL VIZCONDE DE CHATEAUBRIAND.

TRADUCIDA

POR DON MANUEL M. FLAMANT.



CHATEAUBRIAND.

MADRID:

IMPRESA Y LIBRERIA DE GASPAR Y ROIG, EDITORES.

calle del Principe, número 4.

1863.

A-1884368043

REPUBLICA DE ESPAÑA Y MONTE

EL CAJÓN DE BAYONA

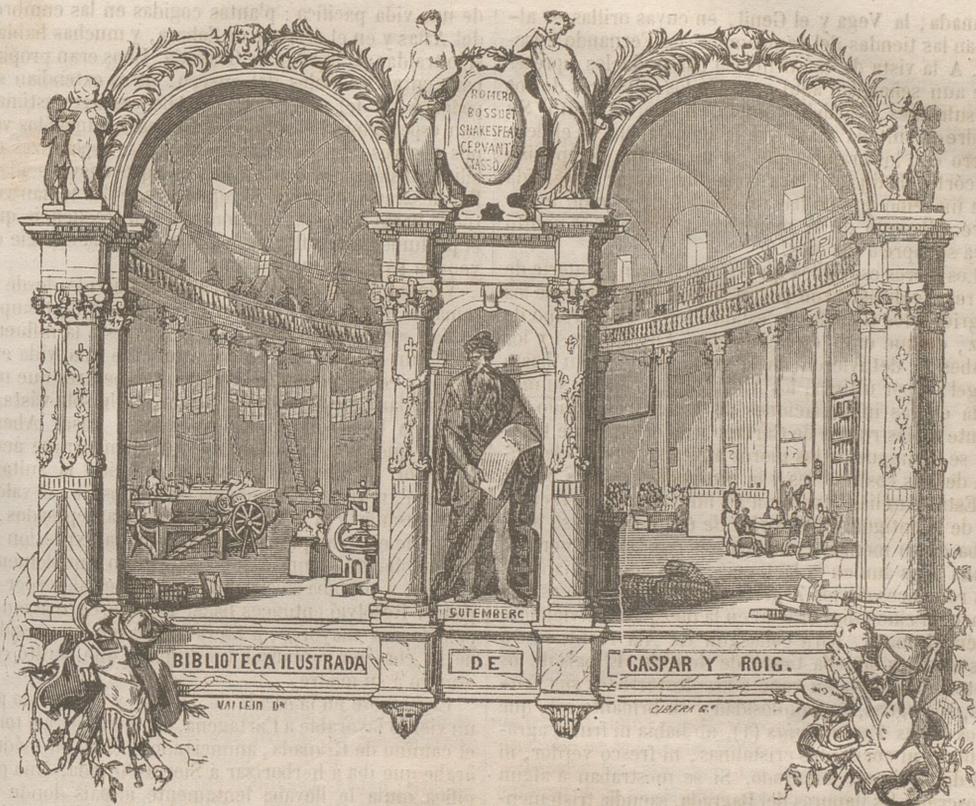
DE LA VENTURA DE CHATELAIN

DE LA VENTURA DE CHATELAIN

1810

IMPRESA DE LA VENTURA DE CHATELAIN

IMPRESA DE LA VENTURA DE CHATELAIN



EL ÚLTIMO ABENCERRAGE.

ADVERTENCIA.

Las Aventuras del último Abencerrage fueron escritas há cerca de veinte años: el retrato que en ellas he trazado de los españoles explica bastante el por qué esta nueva edicion no ha podido ser impresa bajo el gobierno imperial. La resistencia de los españoles á Bonaparte, resistencia por parte de un pueblo inerme á un conquistador que habia vencido los mejores soldados de Europa, excitaba entonces el entusiasmo de todos los corazones capaces de apreciar los grandes rasgos de abnegacion y los nobles sacrificios. Las ruinas de Zaragoza humeaban todavia, y la censura no hubiera permitido unos elogios en que hubiera descubierto con razon un oculto interés hácia las víctimas. La pintura de las antiguas costumbres de Europa, los recuerdos de la gloria de otros días y los de la Corte de nuestros mas brillantes monarcas, no hubieran sido gratos á la censura, que por otra parte empezaba á arrepentirse de haberme dejado hablar tantas veces de la antigua monarchia y de la religion de nuestros padres; los muertos que sin cesar evocaba, infundian bastante recelo á los vivos. Colócase á veces en los cuadros algun personaje deforme, para hacer resaltar la hermosura de los demás; pero en esta obra he querido pintar tres hombres de un carácter igualmente elevado, si bien no superiores á la naturaleza, y conservando con sus pasiones, las costumbres y hasta las preocupaciones de sus respectivos paises. El carácter

de la mujer está diseñado sobre las mismas proporciones, porque es muy justo que el mundo de las quimeras, cuando nos trasladamos á él, nos indemnice de los disgustos del mundo real.

Fácilmente se echará de ver que esta es la obra de un hombre que ha experimentado las amarguras del destierro, y cuyo corazon pertenece por entero á su patria.

He tomado en los mismos lugares las vistas de Granada, de la Alhambra, y de esa mezquita transformada en iglesia, porque no es otra cosa la catedral de Córdoba. Estas descripciones son una especie de adición á un fragmento de la última parte del *Itinerario de Paris á Jerusalem*.

Hay en esta obra frecuentes alusiones á la historia de los Zegríes y Abencerrages, tan conocida que he creído inútil hacer un bosquejo de ella en esta *advertencia*. Esta novela contiene los pormenores que bastan para la inteligencia del texto.

Cuando Boaddil, último rey de Granada, se vió obligado á abandonar el reino de sus padres, se detuvo en la cima del monte Padul, desde donde se descubria el mar en que el desventurado monarca iba á embarcarse para el Africa; descubriase tambien á

Granada, la Vega y el Genil, en cuyas orillas se alzaban las tiendas del campamento de Fernando é Isabel. A la vista de tan delicioso país y de los cipreses que aun señalaban aquí y acullá los sepuleros de los musulmanes, Boabdil rompió en acerbo llanto. Su madre la sultana Aixa, que le acompañaba en el desierto con los grandes que en un tiempo componian su córte, le dijo: «Llora como una mujer la pérdida de un reino que no has sabido defender como hombre.» Bajaron de la montaña, y Granada se ocultó para siempre á sus ojos.

Los moros españoles que compartieron la suerte de su rey, se dispersaron por el Africa. Las tribus de los Zegries y los Gomeles se establecieron en el reino de Fez, de que eran descendientes. Los Vanegas y los Alabes se detuvieron en la costa desde Oran hasta Argel; y por último, los Abencerrages fijaron su morada en las inmediaciones de Túnez, formando en frente de las ruinas de Cartago una colonia que todavía se distingue de los moros africanos por la elegancia de sus costumbres y la benignidad de sus leyes.

Estas familias llevaron á su nueva patria el recuerdo de la antigua. El *Paraiso de Granada* no se borraba de su memoria; las madres repetian su nombre á sus hijos aun en la lactancia, y los adormecian con los romances de los Zegries y los Abencerrages. De cinco en cinco dias oraban en la mezquita volviéndose hácia Granada, para conseguir de Alá restituyese á sus elegidos aquella tierra de delicias. El país de los Lotófagos ofrecia en vano á los desterrados sus frutos, sus aguas, su frondosidad y su brillante sol, que lejos de las *Torres rojas* (1), no habia ni frutos agradables, ni corrientes cristalinas, ni fresco verdor, ni sol digno de ser admirado. Si se mostraban á algun proscrito las llanuras del Bagrada, sacudia tristemente la cabeza y exclamaba suspirando: «¡Granada!»

Los Abencerrages conservaban especialmente el mas tierno y fiel recuerdo de la patria, pues habian dejado con mortal amargura el teatro de su gloria, y las márgenes que tantas veces biciéran resonar á este entusiasta grito de guerra: «¡Honor y amor!» No pudiendo ya manejar la lanza en los desiertos ni cubrirse con el casco en una colonia de labradores, habianse consagrado al estudio de los simples, profesion tan estimada entre los árabes como la de las armas. Así, pues, la raza guerrera, que en otro tiempo abria heridas, ocupábase ya en el arte precioso de curarlas; en lo cual conservaba algo de su primitivo genio, porque los caballeros acostumbraban curar por sí mismo las heridas del enemigo que habian derribado.

La cabaña de esta familia, antigua poseedora de suntuosos palacios, no estaba situada entre las de los demás desterrados, al pié del monte Mamelife, sino entre las mismas ruinas de Cartago, á orillas del mar, en el lugar donde San Luis murió en su lecho de ceniza, y donde se ve en la actualidad una ermita mahometana. De las paredes de la cabaña pendian escudos de piel de leon, que ostentaban sobre campo azul dos salvajes que derribaban una ciudad con sus mazas; en derredor de esta divisa se leian estas palabras: «*Qué bagatela!*» armas y divisa de los Abencerrages. Veíanse lanzas adornadas de pendones blancos y azules, albornoces y casacas de raso acuchilladas, detrás de los escudos, y brillaban en medio de las cimitarras y las dagas. Veíanse tambien colgados en desorden guantes de batalla, frenos incrustados de piedras preciosas, anchos estribos de plata, largas espadas, cuya vaina habia sido bordada por la mano de princesas, y espuelas de oro que las Yseult, las Genevres y las Orianas calzaran en dias mas felices á denodados paladines.

Al pié de estos trofeos de gloria, mostrábanse los

(1) Torres del palacio de Granada.

de una vida pacífica: plantas cogidas en las cumbres del Atlas y en el desierto de Zahara, y muchas habian sido traídas de la vega de Granada. Unas eran propias para curar los males del cuerpo, otras extendian su poder á los del ama; pero los Abencerrages estimaban especialmente las que servian para calmar los vnos pesares, las locas ilusiones y esas esperanzas de felicidad siempre renacientes y siempre desvanecidas. Por desgracia, muchos de aquellos simples tenian virtudes harto opuestas, y acontecia con frecuencia que el perfume de una flor de la patria era una especie de veneno para los ilustres proscritos.

Veinte y cuatro años habian transcurrido desde la toma de Granada. En este breve espacio de tiempo, habian sucumbido catorce Abencerrages á la influencia de un nuevo clima, á los azares de una vida errante, y especialmente á esos ocultos pesares que miran sordamente las fuerzas humanas. Un solo vástago era toda la esperanza de esa famosa casa. Aben-Hamet que llevaba el nombre del Abencerrage acusado por los Zegries de haber seducido la sultana Alfaima, reunia en su persona la hermosura, el valor, la cortesania y la generosidad de sus antepasados, á la par de ese tranquilo brillo y esa ligera expresion de melancolía que imprime el infortunio, noblemente sufrido, y contaba solo veinte y dos años al perder su padre. Resolvió entonces hacer una peregrinacion al país de sus mayores, á fin de satisfacer la necesidad de su corazon y realizar un designio que ocultó con esmero á su madre.

Embarcóse en la escala de Túnez, y conducido por un viento favorable á Cartagena, saltó en tierra y tomó el camino de Granada, anunciándose como un médico árabe que iba á herborizar á Sierra-Neveda. Una pacífica mula le llevaba lentamente al país donde los Abencerrages volaban en otro tiempo caballeros sobre belicosos corceles; precedíale un guia, conduciendo otras dos mulas adornadas con cascabelles y de moños de lana de diferentes colores. Aben-Hamet atravesó los vastos matorrales y los bosquecillos de palmeras del reino de Murei, y juzgando por su vejez que habian sido plantadas por sus padres, apoderóse de su corazon honda amargura. Aquí se elevaba una torre donde velaba un centinela en tiempo de la guerra de los moros y los cristianos; allí se dejaba ver una ruina cuya arquitectura anunciaba su origen morisco: nuevo motivo de dolor para el Abencerrage, que se apeaba de su mula, y bajo pretexto de buscar ciertas plantas, se ocultaba en aquellos tristes despojos del tiempo, para dar rienda suelta á sus lágrimas. Volvia luego á emprender su camino, abismado en mil ideas fantásticas, al estrépito de las campanillas de la caravana y al monótono canto de su guia, que no interrumpia su largo romance sino para animar sus mulas, apellidándolas *gallardas* y *valerosas*, ó para increparlas con los nombres de *perezosas* y *tercas*.

Los rebaños de carneros que un pastor conducia por las amarillas é incultas llanuras, y algunos aislados viajeros, lejos de esparcir la animacion y la vida en el camino, servian únicamente para hacerlo mas triste y desierto. Todos aquellos viajeros ceñian una larga tizona, se cubrian con su capa, y un ancho sombrero inclinado hácia delante les cubria medio rostro. Saludaban al paso á Aben-Hamet, que solo distinguia en aquel noble saludo los nombres de *Dios*, *señor* y *caballero*. Cuando cerraba la noche, el Abencerrage se sentaba en la *venta*, en medio de los extranjeros, sin que le ofendiese una indiscreta curiosidad, pues nadie le hablaba ni le dirigia pregunta alguna porque ni su turbante, ni su traje, ni sus armas excitaban la menor admiracion. Puesto que Alá habia querido que los moros de España perdiesen su hermosa patria, Aben-Hamet no podia dejar de estimar á los graves conquistadores.

Mas vivas aun eran las emociones que esperaban

al Abencerrage al término de su excursion. Granada está construida al pié de Sierra-Nevada, sobre dos enhiestas colinas, separadas por un profundo valle. Las casas, situadas en el declive de las colinas, en el fondo de aquel, dan á la ciudad el aspecto y la forma de una granada entreabierta, circunstancia á que debe su nombre. Dos rios, el Genil y el Darro, de los cuales el uno arrastra pajillas de oro, y el otro arenas de plata, bañan el pié de las colinas, y se reunen y serpentean en una llanura encantadora, llamada la Vega. Esta llanura, sobre la cual descuella Granada, está cubierta de viñedos, granados, higueras, moreras y naranjos, y rodeada de montañas de forma y color admirables. Un cielo encantado y un ambiente puro y delicioso abisman el alma en una secreta languidez, de que cuesta trabajo librarse al viajero que no hace sino pasar. Echase bien de ver que en semejante pais las pasiones tiernas hubieran sofocado en breve las pasiones heróicas, si el amor, para ser verdadero, no necesitase siempre apoyarse en la gloria.

Cuando Aben-Hamet des-ubrió los remates de los primeros edificios de Granada, su corazon palpitó con tanta violencia que se vió precisado á detener su mula; así es que, cruzando los brazos sobre el pecho y fijos sus ojos en la sagrada ciudad, permaneció mudo é inmóvil. El guia se detuvo á su vez, y como un español comprende fácilmente todos los sentimientos elevados, mostróse conmovido y adivinó que el moro pensaba en su antigua patria. El Abencerrage rompió al fin su silencio y dijo:

—¡Guia, sé feliz! No me ocultes la verdad, porque la calma reinaba en las olas el dia de tu nacimiento, y la luna entraba en su creciente. ¿Qué torres són esas que brillan á manera de estrellas sobre aquel frondoso bosque?

—Es la Alhambra, repuso el guia.

—¿Y ese otro castillo que descuella sobre esa colina?

—Es el Generalife; hay en ese palacio un jardin plantado de mirtos, donde es fama que un Abencerrage fue sorprendido con la sultana Alfaima. Mas allá verás el Albaycin, y mas cerca de nosotros las Torres rojas.

Cada palabra del guia desgarraba el corazon de Aben-Hamet. ¡Cuán cruel es haber de recurrir á los extranjeros para conocer los monumentos de nuestros padres, y hacerse narrar por hombres indiferentes la historia de nuestra familia y nuestros amigos. El guia, interrumpiendo las reflexiones de Aben-Hamet, exclamó: «Marchemos, señor mio, ¡Dios lo ha querido así! Cobrad aliento. ¿No está hoy mismo prisionero en nuestro Madrid Francisco? ¡Dios lo ha dispuesto!» Esto dicho, descubrió su cabeza, santiguóse, y espoleó sus mulas. El Abencerrage hizo lo mismo con la suya, y exclamó: «¡Estaba escrito!» y se encaminaron á Granada.

Pasaron cerca del grueso fresno, célebre por el combate de Muza y del gran mae tre de Calatrava, en tiempo del ultimo rey de Granada. Dieron la vuelta al paseo de la alameda, y entraron en la ciudad por la puerta de Elvira. Subieron á la Rambla, y llegaron poco despues á una plaza rodeada por todas partes de casas de arquitectura morisca. En la plaza se veía un kan construido por los moros de Africa, á quienes el comercio de sedas de la Vega atraía en considerable número á Granada. El guia condujo al kan á Aben-Hamet.

Este se sentía harto agitado para disfrutar un poco de reposo en su nueva vivienda: la patria le atormentaba. No pudiendo hacerse superior á los sentimientos que agitaban su corazon, salió á media noche para vagar por las calles de Granada, procurando reconocer con sus ojos y sus manos algunos de los monumentos que tantas veces le habian descrito los ancianos. Tal

vez aquel alto edificio cuyas paredes vislumbraba al través de las tinieblas, era la antigua morada de los Abencerrages; tal vez, en aquella plaza solitaria se celebraban las fiestas que levantara hasta las nubes la gloria de Granada. Por allí pasaban las cuadrillas soberbiamente vestidas de brocados; y mas allá se adelantaban las galeras cargadas de armas y de flores, los dragones que vomitaban fuego y que ocultaban en su seno ilustres guerreros: ingeniosas invenciones del placer y de la galantería.

¡Mas, ay! en vez del marcial sonido de los añafles, del eco de las trompetas y de los cantos del amor, reinaba un silencio profundo en torno de Aben-Hamet. La muda ciudad habia cambiado de habitantes, y los vencedores descansaban en el lecho de los vencidos. «¡Los ativos españoles, exclamó el jóven é indignado moro, duermen á la sombra de los techos de que han desterrado á mis abuelos! ¡Y yo, Abencerrage, velo desconocido, solitario y abandonado, á la puerta del palacio de mis padres!»

Y reflexionaba sobre la inestabilidad de los destinos humanos, sobre las vicisitudes de la fortuna, sobre la caída de los imperios, y en fin, sobre aquella Granada sorprendida por sus enemigos en medio de sus placeres, y trocando repentinamente sus guirnaldas de flores por rudas cadenas; pareciale ver á sus pobladores abandonando sus hogares en traje de fiesta, á manera de los convidados que en medio del regocijo de un banquete, son de improvviso espulsados por un incendio de la sala del festin.

Todas estas imágenes, todos estos pensamientos se aglomeraban en el alma de Aben-Hamet, que lleno de dolor y pesar, se proponia realizar el proyecto que le habia llevado á Granada. El Abencerrage se habia extraviado, y se hallaba lejos del kan en un retirado arrabal de la ciudad. Todo dormia; ningun rumor interrumpia el silencio de las calles; las puertas y las ventanas estaban cerradas, y solo el canto del gallo anunciaba en la habitacion del pobre la vuelta de los trabajos y los pesares.

Despues de haber vagado mucho tiempo sin serle posible volver á hallar su primer camino, Aben-Hamet oyó entreabrirse una puerta, y fijando en ella su vista, vió salir una jóven vestida casi como esas reinas góticas, esculpidas en los monumentos de nuestras antiguas abadías. Su corpiño negro, adornado de azabaches, oprimía su esbelta cintura; su saya corta, estrecha y sin pliegues, descubria una torneada pierna y un lindo pié; una mantilla negra tambien, envolvía su gentil cabeza, y con la mano izquierda cruzaba y cerraba su mantilla bajo la barba, de tal suerte que no se descubrian de su rostro sino los rasgados ojos y la sonrosada boca. Acompañábala una dueña, un escudero la precedía llevando en la mano un devocionario, y dos pajes adornados con sus colores, seguian á escasa distancia la bella incógnita, que se dirigía á la oracion matutina, á la que convocaba el tañido de la campana de un vecino monasterio.

Aben-Hamet creyó ver en aquella aparicion al ángel Israfil ó la mas jóven de las Huris. No menos sorprendida miraba la española al Abencerrage, cuyo turbante, traje y armas daban nuevo realce á su apuesto continente. Repuesta de su primer asombro, hizo al extranjero una señal para que se acercara, con esa gracia y ese desembarazo que caracterizan á las mujeres de aquel pais. «Señor moro, le dijo; pareceme sois recién llegado á Granada; ¿acaso os habeis extraviado?»

«Sultana de las flores, repuso Aben-Hamet; delicia de los ojos de los hombres, ¡oh esclava cristiana! mas hermosa que las vírgenes de la Georgia, tú lo has adivinado: soy extranjero en esta ciudad querida, y habiéndome perdido entre estos palacios, no he podido volver al kan de los moros. ¡Toque Ma-

«oma tu corazón, y recompense tu hospitalidad!»

«Proverbial es la galantería de los moros, respondió la española con la mas dulce sonrisa; pero ni soy sultana de las flores, ni esclava, ni me satisface verme recomendada por Mahoma. Seguidme, señor caballero, y os acompañaré al kan de los moros.»

Y marchando con ligero paso delante del Abencerrage, le condujo hasta la puerta del kan, que le mostró con la mano, pasó á espaldas de un palacio, y desapareció.

¡De cuán poco depende la paz de nuestra vida! La patria no ocupa ya sola y por entero el alma de Aben-Hamet: Granada no es á sus ojos un desierto, una ciudad abandonada, viuda y solitaria: es mas cara á su corazón que antes, pues un nuevo prestigio embellece sus ruinas, porque al recuerdo de sus mayores mézclase ahora otro encanto. Aben-Hamet habia descubierto el cementerio en que descansaban las cenizas de los Abencerrages; pero al orar, al prosternarse, al derramar por su memoria filiales lágrimas, piensa que la jóven española ha pasado alguna vez sobre aquellos sepulcros, y sus antepasados, aunque difuntos, le parecen felices.

En vano intenta ocuparse exclusivamente de su peregrinacion al país de sus padres; en vano recorre las colinas del Darro y del Genil, para recolectar plantas al amanecer, pues la flor que ora busca es la hermosa cristiana. ¡Cuán inútiles esfuerzos ha hecho ya para volver á hallar el palacio de su encantadora! ¡Cuántas veces ha intentado volver á pasar las calles que le hiciera recorrer su divino guia! ¡Cuántas ha creído reconocer el tañido de aquella campana y el canto de aquel gallo que oyera no lejos de la morada de la peregrina española! Alucinado por iguales rumores, corre presuroso al paraje donde se escucharan; mas el mágico palacio no se presenta á su vista. Y acacia también que el uniforme trage de las granadinas le inspiraba una fugaz esperanza, porque á cierta distancia todas las cristianas se parecían á la señora de su corazón; y era el caso que miradas de cerca, ni una siquiera atesoraba su hermosura y sus gracias. Aben-Hamet habia recorrido las iglesias para descubrir la extranjera, y hasta habia penetrado en las sepulturas de Fernando é Isabel, siendo este el mas costoso sacrificio que hasta entonces hiciera en aras del amor.

Cierto dia herborizaba en el valle del Darro. La colina meridional sostenia en su florida pendiente las murallas de la Alhambra y los jardines del Generalife, y la septentrional estaba decorada por el Albaycin, por risueños vergeles y por grutas habitadas por un pueblo numeroso. A la extremidad occidental del valle descubriábase los campanarios de Granada, que descolaban agrupados sobre las encinas y los cipreses, y en la oriental veíanse sobre las crestas de los peñascos, conventos, ermitas, algunas ruinas de la antigua Iberia, y allá en lontananza las erguidas cumbres de Sierra-Nevada. El Darro corria por el centro del valle y presentaba á lo largo de su corriente pintorescos molinos, sonoras cascadas, los rotos arcos de un acueducto romano, y los restos de un puente morisco.

Aben-Hamet no era á la sazón ni bastante desgraciado ni bastante dichoso para disfrutar de lleno los encantos de la soledad, por lo cual recorria distraído é indiferente aquellas encantadoras márgenes. Mas hé aquí que marchando á la ventura, y siguiendo una espesa alameda que rodeaba la colina del Albaycin, no tardó en mostrarse á sus ojos una casa de campo, rodeada de un bosquecillo de naranjos, en cuya inmediacion oyó los sonidos de una voz y una guitarra. Existen tan misteriosas relaciones entre la voz, el rostro y las miradas de una mujer, que nunca se equivoca en tales materias el hombre á quien el amor tiraniza. «¡Es mi hurí!» exclamó ébrio de gozo Aben-Hamet; y aplicando atento oído con el corazón palpitante, los latidos de este se aceleraban al nombre de los Aben-

cerrages, muchas veces repetido. La desconocida cantaba un romance castellano en que se pintaba la historia de los Abencerrages y Zegríes. Aben-Amet no pudo resistir su emocion, y saltando una cerca de mirtos, fue á dar en medio de un grupo de apuestas y jóvenes damas, que asustadas á tan estraña y no prevista aparicion, apelaron á la fuga con no pequeña gritería. Mas la española que acababa de cantar y que aun tenia la guitarra, exclamó, sin dar muestra alguna de susto: «¡Es el señor moro!» Y llamó á sus tímidas compañeras. «¡Favorita de los genios! le dijo el gallardo Abencerrage, yo te buscaba como busca el árabe una fuente en los rigores del medio dia; he oído los ecos de tu guitarra, que celebraba los héroes de mi país, y habiéndote adivinado en la dulzura de tus acentos, vengo á poner á tus plantas el corazón de Aben-Hamet.»

«Y yo, repuso doña Blanca, cantaba el romance de los Abencerrages, ocupada la mente en vos, porque despues de haberos visto, me he dado á imaginar que esos caballeros moros se os parecen mucho.»

Y un ligero carmin se esparció por las mejillas de Blanca, no bien hubo pronunciado tales palabras. Aben-Hamet se sintió inclinado á arrojarse á los pies de la jóven cristiana y á declararle que era el último Abencerrage: detúvole empero un resto de prudencia, pues temia no sin razon que su nombre, harto célebre en Granada, inspirase recelos al gobernador. La guerra de los moriscos no habia terminado aun, y la presencia de un abencerrage en aquellos momentos podia despertar en los españoles fundados temores. Y no era que Aben-Hamet retrocediese ante peligro alguno, sino que se estremecia de la idea de verse obligado á alejarse para siempre de la hija de don Rodrigo.

Doña Blanca era vástago de una familia descendiente del Cid de Vivar y de Jimena, hija del conde Gomez de Gormaz. La posteridad del vencedor de Valencia la Hermosa, cayó, merced á la ingratitud de la córte de Castilla, en una extremada pobreza, y hasta se llegó á creer por espacio de algunos siglos que se habia extinguido: ¡tanta llegó á ser su inmerecida oscuridad! Pero en tiempo de la conquista de Granada, un último retoño de la alcurnia de los Vivar se hizo reconocer, menos en verdad por los títulos de su cuna que por el brillo de su valor. Por todo esto, despues de la expulsión de los infieles, Fernando otorgó al digno descendiente del Cid los bienes de muchas familias moras, y le hizo duque de Santa-Fe. El nuevo duque fijó su residencia en Granada, y murió, mozo aun, dejando ya casado á don Rodrigo, su hijo único, y padre de Blanca.

Doña Teresa de Jerez, esposa de don Rodrigo, dió á luz un hijo que recibió al nacer el nombre de Rodrigo, como todos sus ascendientes; pero diósele también el de Carlos para distinguirlo de su padre. Los grandes acontecimientos que don Carlos tuvo á la vista desde su mas tierna juventud, y los peligros de que se viera rodeado casi al salir de la infancia, contribuyeron poderosamente á hacer mas grave y rígido un carácter naturalmente inclinado á la austeridad. Contaba apenas catorce años don Carlos, cuando siguió á Cortés á Méjico, donde habia sufrido todos los peligros y sido testigo de todos los horrores de tan maravillosa aventura, presenciando la caída del último rey de un mundo hasta entonces desconocido. Tres años despues de tamaña catástrofe, don Carlos se habia hallado en Europa en la batalla de Pavía, como para ver sucumbir el honor y el denuedo coronados, á los golpes de la contraria fortuna. La vista de un nuevo universo, los dilatados viajes por aun no recorridos mares, el espectáculo de grandes revoluciones y vicisitudes de la suerte, habian impresionado enérgicamente la imaginacion religiosa y melancólica de don Carlos, que habiendo entrado en la órden de caballería de Calatrava, y renunciando al matrimonio á pesar de los ruegos de

don Rodrigo destinaba todos sus bienes á su hermana.

Blanca de Vivar hermana única de don Carlos, y mucho mas jóven que él, era el ídolo de su padre; y habiendo perdido á su madre, habia cumplido diez y ocho años cuando Aben-Hamet se presentó en Granada. Todo era seduccion en aquella mujer encantadora: su voz era embriagadora, su baile mas leve que el céfiro; ora se complacia en guiar un carro, como Armida; ora volaba sobre el mas veloz corcel de Andalucía, como las hadas fantásticas que se aparencian á Tristan y á Galaor en los bosques. Atenas la hubiera tomado por Aspasia, y París por Diana de Poitiers que empezaba á brillar en la córte. Empero á los encantos de una francesa reunia las pasiones de una española, y su natural coquetería en nada destruía el aplomo, la constancia, la fuerza y la elevacion de los sentimientos.

Don Rodrigo habia acudido presuroso á los gritos en que habian prorumpido las jóvenes españolas cuando Aben-Hamet se lanzó al jardín. «Padre mio, dijo Blanca, ved aquí al señor moro de quien os he hablado y que habiéndome oído cantar me ha reconocido, y ha entrado en el jardín para darme gracias por haberle enseñado su camino.»

El duque de Santa-Fe recibió al Abencerrage con esa cortesania grave, y no obstante sencilla, propia de los españoles. No se advierte en esta nacion ninguna de esas maneras serviles, ninguna de esas frases que revelan la bajeza de los pensamientos y la degradacion del alma. El lenguaje del gran señor es igual al del rústico, igual el saludo, iguales los cumplimientos, las costumbres y usanzas. Y asi como la confianza y la generosidad de este pueblo para con los extranjeros no conocen limites, asi es terrible su venganza cuando se abusa de su buena fe, pues está detado de un valor heróico y de una paciencia á toda prueba, incapaz de ceder á la adversa fortuna, siéndole preciso dominarla ó dejarse abrumar por ella. Tiene poco de lo que se llama genio, pero sus exaltadas pasiones suplen en él esa luz que procede de la delicadeza y la profusion de ideas. Un español que pasa el dia sin hablar, que nada ha visto, que nada anhela ver, que nada ha leído, estudiado ó comparado, hallará siempre en la grandeza de sus resoluciones los recursos de que haya menester en el momento del infortunio.

Era el dia natalicio de don Rodrigo, y Blanca obsequiaba á su padre con una pequeña fiesta en aquella encantadora soledad. El duque de Santa-Fe invitó á Aben-Hamet á sentarse entre las jóvenes, que miraban con cierta extrañeza su turbante y su traje. Trajéronse tapices de terciopelo, y el Abencerrage se sentó, obró ellos á la usanza mora, dirigiéndole luego varias preguntas acerca de su país y sus aventuras, á las que respondió con ingenio y jovialidad. Hablaba el mas castizo castellano, y hubiérase podido tomarle por tal, si en vez del tratamiento vos no usara casi siempre el de *tú*, palabra tan dulce en sus labios, que Blanca no podia hacerse superior á un oculto despecho cuando se dirigia á alguna de sus compañeras.

Presentáronse numerosos sirvientes; quienes traian chocolate, variadas frutas, y azucarillos de Málaga, tan blancos como la nieve, y tan porosos y ligeros como la esponja. Terminado el refresco, pidióse á Blanca que ejecutara algun baile nacional, en que excedia á las mas hábiles gitanas, y cedió al fin á los ruegos de sus amigas. Aben-Hamet habia guardado silencio, pero sus miradas suplicantes decian bien lo que sus labios no osaban solicitar. Blanca eligió una zambra, baile, lleno de expresion, tomado de los moros por los españoles.

Una de las jóvenes empezó á tocar en la guitarra la danza morisca, y la hija de don Rodrigo desembarazándose del velo, ató á sus blancas manos unas castañetas de ébano. Sus negros cabellos caian en leves rizos sobre el alabastrino cuello; sus labios y sus ojos

sonreian de acuerdo, y su tez se animaba á los latidos de su corazon. De improviso hace resonar el ébano citador, marca tres veces el compás, entona el canto de la zambra, y uniendo su voz á las armonías de la guitarra parte como un relámpago.

¡Qué variedad en sus pasos! ¡qué elegancia en sus actitudes! Ora levanta su brazos con viveza, ora los deja caer con languidez; agítase algunas veces como ébria de placer, ó se retira como abrumada de dolor vuelve la cabeza, parece llamar á alguna persona oculta, alarga con modestia la sonrosada mejilla al beso de un nuevo esposo, huye ruborosa, torna radiante y consolada, marcha con paso noble y casi guerrero, y gira de nuevo sobre el lozano césped. La armonía de sus pasos, de sus cantos y de los sonidos de la guitarra, era completa. La voz de Blanca ligeramente apagada, tenia ese timbre que subleva las pasiones en el fondo del alma. La música española, compuesta de suspiros, de movimientos vivos, de estribillos tristes y de cantos súbitamente interrumpidos, ofrece una mezcla estraña de regocijo y melencolia. Aquel baile y aquella música fijaron irrevocablemente el destino del último Abencerrage: y en verdad hubieran bastado á commover un corazon menos lastimado que el suyo.

La reunion volvió al llegar la noche á Granada, por el valle del Darro. Don Rodrigo, en extremo complacido de las maneras dobles y delicadas de Aben-Hamet, no quiso separarse de él sin pedirle volviese algunas veces á entretener á Blanca con las maravillosas relaciones del Oriente. El moro, que no deseaba otra cosa, aceptó gozoso la cordial invitacion del duque de Santa-Fe, y al dia siguiente se encaminó al palacio donde respiraba la mujer á quien amaba mas que á la luz del sol.

No tardó Blanca en sentir una vehemente pasion por la imposibilidad misma en que se juzgaba de satisfacerla, puesto que amar á un idfiel, á un moro, á un desconocido, le parecia tan raro, caso que no tomó precaucion alguna contra el veneno que empezaba á circular por sus venas; mas no bien echó de ver las consecuencias de su mal, lo aceptó como una verdadera española. Los peligros y las penas que desde luego entrevió no fueron parte á hacerla retroceder del borde del abismo, ni á que entrara en consultas con la fria razon; todo su cálculo se redujo á decirse á si misma: «Sea Aben-Hamet cristiano, correspondame, y le seguiré á los confines del orbe.»

Y era el caso que el Abencerrage experimentaba asimismo todo el poder de una pasion irresistible; viéndolo pues únicamente para Blanca, no se curaba ya de los proyectos que le llevaran á Granada; y aunque le era fácil procurarse los datos que habia ido á buscar, habiase desvanecido á sus ojos todo interés estraño á su amor, y hasta temia las noticias que hubieran podido introducir alguna mudanza en su género de vida. Nada inquiria, nada anhelaba saber, y todos sus planes se compendiaban en este sencillo raciocinio: «Sea Blanca musulmana, correspondame y la serviré hasta mi postrer aliento.»

Firmes, pues en su generosa resolucion, Aben-Hamet y Blanca solo esperaban un momento oportuno para descubrirse sus sentimientos. En uno de los dias de la mas deliciosa estacion del año, la hija del duque de Santa-Fe dijo al Abencerrage: «No habeis visto aun la Alhambra, y si he de dar crédito á ciertas palabras que habeis indeliberadamente pronunciado, vuestra familia es oriunda de Gradada. ¿Os complaciera visitar el palacio de los antiguos reyes moros? Si asi es, quiero serviros de guía esta tarde.»

Aben-Hamet juró cordialmente por el Profeta que ningun paseo podia serle mas agradable.

Habiendo llegado la hora señalada para la excursion á la Alhambra, la hija de don Rodrigo montó una ha-

canea blanca, acostumbrada á trepar las rocas cual una ágil cabra. Aben-Hamet acompañaba á la brillante española, caballero sobre un alazan anduluz enjaezado á la turca. En la rápida carrera del jóven moro, su alquicel de púrpura se inclinaba á su espalda, su corvo alfange resonaba en la alta silla, y jugueton el viento agitaba el airoso penacho de su turbante. Admirado el pueblo de su gentileza y apuesto ademan, decía al verle pasar; «Ese es un príncipe infiel, á quien doña Blanca va á convertir.»

Siguieron primero una larga calle, que conservaba aun el nombre de una ilustre familia mora, y que terminaba en el recinto exterior de la Alhambra; atravesaron luego un bosque de olmos, y llegando á una fuente, halláronse en breve delante del recinto interior del palacio de Boabdil. Abriase en una muralla flanqueada de torres y coronada de almenas, una puerta llamada la *Puerta del Juicio*: saludáronla, y entraron en un camino estrecho que serpenteaba, por decirlo así, entre altas murallas y medio arruinadas barracas. Este camino les condujo á la plaza de los Algibes, en cuyas inmediaciones hacia construir á la sazón Carlos V un palacio. Volviendo desde allí hácia el Norte, se detuvieron en un patio desierto al pié de una muralla sin adorno alguno y maltratada por el tiempo. Aben-Hamet, apeándose con extraña celeridad, ofreció su mano á Blanca para que bajase de su hacanea. Los criados que les seguían llamaron á una puerta abandonada, cuyo umbral obstruía la yerba; abrióse, y dejó ver los ocultos recintos de la Alhambra.

Todos los encantos, todos los recuerdos de la patria mezclados á los prestigios del amor, asaltaron el corazón del último Abencerrage. Inmóvil y mudo, recorría con atónitas miradas aquella mansion de los genios, y se creía trasladado á la entrada de uno de esos palacios cuyas descripciones leemos en los cuentos árabes. Ofreciáanse por donde quiera á los ojos de Aben-Hamet ligeras galerías, canales de mármol blanco, bordados de limoneros y de naranjos en flor, sonoras fuentes y solitarios patios; y á través de las dilatadas bóvedas de los pórticos descubriáanse nuevos laberintos y nuevas maravillas, al paso que el azul del mas hermoso cielo se dejaba ver entre las columnas que sostenían una larga serie de arcos góticos. Las paredes cargadas de arabescos, se asemejaban á esas telas de Oriente que borda en el hastío del haren el ingenioso capricho de una esclava. La voluptuosidad, la religion y el espíritu guerrero respiraban en aquel magnífico, edificio, especie de santuario del amor, misterioso retiro donde los reyes moros disfrutaban de todos los placeres, y olvidaban todos los deberes de la vida.

Después de algunos instantes de sorpresa y silencio, los dos amantes entraron en aquella morada del poder desvanecido y de las pasadas felicidades. Primero dieron la vuelta á la sala de los Mesucar, en medio del perfume de las flores y de la fresca de las aguas, y luego penetraron en el patio de los Leones: la emocion de Aben-Hamet aumentaba por momentos. «Sino inundase mi alma en delicias, dijo al fin á Blanca, ¡con cuánta amargura me vería obligado á pedirte, á tí, española, la historia de estos encantados asilos! ¡Ah! ¡Estos lugares han sido fabricados para servir de templo á la fidelidad, en tanto que yo....!»

Al decir esto, Aben-Hamet vió el nombre de Boabdil incrustado en unos mosaicos: «¡Oh rey mio! exclamó; ¿qué es de tí? ¿Dónde te hallaré en tu desierta Alhambra?» Y las lágrimas de la lealtad y del honor anegaron los ojos del jóven moro. «Vuestros antiguos señores, ó por mejor decir, los reyes de vuestros padres, fueron unos ingratos,» dijo Blanca. —«¿Qué importa, repuso el Abencerrage, si fueron tan desgraciados?»

Esto dicho, Blanca le condujo á un gabinete que

parecía ser el santuario del amor. Nada igualaba la elegancia de aquel asilo; la bóveda entera, pintada de azul y oro, y compuesta de arabescos á cielo abierto, daba paso á la luz como á través de un tejido de flores. Una bulliciosa fuente brotaba en medio del edificio, y sus aguas, que bajaban á manera de menudo rocío, caían en una vistosa concha de alabastro. «Aben-Hamet, dijo la hija del duque de Santa-Fe, mira bien esta fuente, que recibió las desfiguradas dabezas de los Abencerrages. Aun ves sobre el mármol las manchas de la sangre de los desgraciados á quienes Boabdil sacrificó á sus crueles sospechas; porque así se trata en tu país á los seductores de las mujeres crédulas.»

Empero Aben-Hamet no escuchaba ya á Blanca, pues habiéndose arrodillado, besaba con respeto las señales de la sangre de sus antepasados; y levantóse á poco y exclamó entusiasta. «¡Oh Blanca! te juro por la sangre de estos caballeros, amarte con ía constancia, la fidelidad y la vehemencia de un abencerrage.»

«¿Me amais? replicó con viveza Blanca uniendo sus manos, y levantando al cielo sus miradas. Pero, ¿habéis pensado que sois un infiel, un moro, un enemigo y que yo soy cristiana y española?»

«¡Oh, santo profeta! repuso Aben-Hamet, sé testigo de mi juramento...» «¡Blanca le interrumpió, y le dijo: «¿Qué asenso podre conceder á los juramentos de un perseguidor de mi Dios? ¿Sabeis si os amo? ¿Quién os ha autorizado para usar conmigo semejante lenguaje?»

Aben-Hamet respondió consternado: «¡Es verdad! solo soy tu esclavo, puesto que aun no has hecho de mí tu caballero.»

«¡Moro! respondió Blanca; abandona la astucia; harto has leído en mis ojos que te amo; la pasión que me inspiras es ilimitada; sé, pues, cristiano, y nada podrá impedirme ser tuya. Mas, si la hija del duque de Santa-Fe se atreve á hablarte con tanta franqueza, debes juzgar por esa misma causa que sabrá dominarse, y que nunca, nunca un enemigo de los cristianos tendrá derecho alguno sobre ella.»

Aben-Hamet, en un arranque de pasión, tomó las manos de Blanca, las puso sobre su turbante y luego sobre su corazón, exclamando: «Alá es poderoso, y feliz Aben-Hamet! Conozca tu ley esta cristiana, y nada podrá...» —«¡Blasfemo! dijo Blanca ¡alejémonos de aquí!»

Esto dicho, se apoyó en el brazo del moro, y se acercó á la fuente de los Doce-Leones, que da su nombre á uno de los patios de la Alhambra. «Extranjero, dijo la sencilla española, cuando miro tu traje, tu turbante y tus armas, y pienso en nuestros amores, paréceme ver la sombra del gallardo abencerrage paseando este abandonado retiro con la desventurada Alfaïma. Descíframe la inscripcion árabe grabada sobre el mármol de esta fuente.»

Aben-Hamet leyó estras palabras:

La bella princesa que pasea, cubierta de perlas, en su jardín, aumenta tan prodigiosamente su hermosura... El resto de la inscripcion estaba borrado.

«Esta inscripcion ha sido inscripta para tí, sultana amada, dijo Aben-Hamet; nunca estos palacios se ostentaron tan hermosos en su juventud, cual se muestran hoy en sus ruinas. Escucha el blando rumor de las fuentes cuyas aguas ha desviado el musgo; mira esos jardines que se divisan á través de estas arcadas medio derruidas; contempla el astro del día que se oculta mas allá de todos esos pórticos: ¡cuán dulce es vagar contigo por estos lugares! Tus palabras embalsaman estos asilos, como las rosas del himeneo. ¡Con qué encanto reconozco en tu lenguaje algunos encantos del idioma de mis padres! El ligero roce de tu vestido sobre estos mármoles me causa un delicioso estremecimiento; el ambiente debe sus perfumes al leve contacto de tus cabellos. Eres

hermosa como el genio de mi patria en medio de estas ruinas. Pero; ¿puede Aben-Hamet prometerse fijar tu corazón? ¿Qué es á tu lado? Ha recorrido los montes con su padre, y reconoce las plantas del desierto.... mas, ¡ah! no hay una sola que baste á curarle de la herida que le has causado; lleva armas, y sin embargo, no es caballero. Yo, me decía en otro tiempo: «El agua del mar que duerme al abrigo del viento en la concavidad de un peñasco, se muestra sosegada y muda en tanto que en su derredor la anchurosa mar se agita con estruendo. ¡Aben-Hamet! así se deslizará tu existencia, silenciosa, tranquila, ignorada en un rincón de desconocida tierra, mientras la corte del sultán se verá conmovida por las tempestades de la ambición.» Esto me decía interiormente, joven cristiana; pero tú me has demostrado que la tormenta puede agitar también la gota de agua dormida en la concavidad de un peñasco.»

«Extasiada escuchaba Blanca este lenguaje, nuevo para ella; lenguaje cuyo giro oriental se adaptaba tan maravillosamente á la mansion de las hadas que con su amante recorría. El amor penetraba sin resistencia en su corazón; sentía vacilar sus rodillas y se veía precisada á apoyarse mas fuertemente en el brazo de su apasionado guía. Aben-Hamet sostenía la dulce carga y repetía marchando: «¡Ah! ¿por qué no soy un brillante Abencerrage?»

—En ese caso os amaría menos, dijo Blanca; porque me sentiría mas atormentada é inquieta: permaneced en la oscuridad y vivid para mí, pues es harto frecuente que un famoso caballero olvide el amor por la celebridad.

—No tendrías que temer semejante peligro, replicó con viveza Aben-Hamet.

—¿Y cómo me amarais si fueseis un Abencerrage? preguntó la descendiente de Jimena.

—Te amaría, respondió el moro, mas que á la gloria y menos que al honor.

El sol se había ocultado en el horizonte durante el paseo de los dos amantes, que habían recorrido toda la Alhambra. ¡Qué recuerdos se habían presentado á la imaginación de Aben-Hamet! Aquella sultana recibía por medio de unos respiraderos el humo de los perfumes que á su planta se quemaban; allí en aquel apartado asilo, se ataviaba con todas las pompas del Oriente. Y Blanca, una mujer adorada, refería estos pormenores al apuesto joven á quien idolatraba.

La luna se levantó y esparció su dudosa claridad en los abandonados santuarios y los desiertos pavimentos de la Alhambra. Sus plateados rayos dibujaban sobre el césped de los vergeles y en las paredes de las salas los caprichosos perfiles de una arquitectura aérea, las bóvedas de los corredores, la movable sombra de las saltadoras aguas y la de los arbustos mecidos por el céfiro. Cantaba el ruiseñor en un ciprés que atravesaba las cúpulas de una ruinosa mezquita, y los ecos repetían sus amorosas quejas. Aben-Hamet escribió á la claridad del astro de la noche el nombre de Blanca en los mármoles de la sala de las Dos-Hermanas, y lo trazó en caracteres árabes, para que el viajero adivinase un misterio mas en aquel palacio de los misterios.

«Moro, dijo Blanca, estos lugares son crueles; huuyamos de ellos. El destino de mi vida es irrevocable; graba pues en tu memoria estas palabras: Musulmán, seré tu amante sin esperanza; cristiano, seré tu esposa feliz.»

Aben-Hamet respondió: «Cristiana, seré tu desconsolado esclavo; musulmana, seré tu afortunado esposo.»

Y los nobles amantes salieron de aquel peligroso palacio.

La pasión de Blanca aumentaba de dia en dia, y la de Aben-Hamet se acrecentaba con la misma violencia. Causábale tal encanto verse amado por sí solo, y

no deber á ninguna causa extraña los sentimientos que inspiraba, que no reveló el secreto de su nacimiento á la hija del duque de Santa-Fe, pues se gozaba en el delicado placer de participarle que llevaba un nombre ilustre, el dia mismo en que accediese á hacerle señor de su mano. Pero fue súbitamente llamado á Túnez, porque su madre, acometida de una enfermedad mortal, queria abrazarle y bendecirle antes de espirar. Aben-Hamet se presentó en el palacio de Blanca y la dijo: «Sultana, mi madre, próxima á la muerte, me pide vaya á cerrar sus ojos. ¿Me conservarás tu amor?»

—¿Me abandonas? respondió Blanca, palideciendo. ¿Tornaré á verte?

—¿Ven! dijo Aben-Hamet; quiero exigirte un juramento y hacerte otro que solo la muerte podrá romper. ¡Sígueme!

Salieron en efecto, y á poco llegaron á un antiguo cementerio moruno, donde se veían esparcidas sin orden algunas pequeñas columnas fúnebres, en cuyo derredor habia en otro tiempo representado el escultor un turbante, que mas tarde reemplazaron los cristianos con una cruz. Aben-Hamet llevó á Blanca al pié de aquellas columnas, y le dijo:

—¿Blanca! aquí descansan mis antepasados: yo te juro por mis cenizas amarte hasta el dia en que el ángel del Juicio me llame al tribunal de Alá; te prometo no entregar mi corazón á otra mujer, y tomarte por esposa cuando hayas conocido la santa luz del Profeta. Todos los años regresaré á Granada en esta época, para ver si me has guardado fe, y si quieres renunciar á tus errores

—Y yo, respondió Blanca, anegada en lágrimas, te esperaré todos los años; te aguardaré hasta mi último suspiro la fe que te he jurado, y te recibiré por mi esposa cuando el Dios de los cristianos, mas poderoso que la mujer que te ama, haya tocado tu infiel corazón.

Aben-Hamet partió, y los vientos le llevaron á las costas africanas; su madre acababa de espirar, y el joven héroe abrazó llorando su lecho mortuorio. Los meses se deslizaron rápidos; y, ora vagando entre las ruinas de Cartago, ora sentado sobre el sepulcro de San Luis, el desterrado Abencerrage recuerda impaciente el dia en que debe volver á Granada. Este dia brilla al fin, y Aben-Hamet se dirige á Granada. Este guía su nave: ¡Con qué arrebato, con qué alegría, no ajena de temor, descubre los primeros promontorios de España! ¿Le espera á Blanca en aquellas costas? ¿Se acordará aun del oscuro árabe que no cesó de adorarla bajo la palmera del desierto?

La hija del duque de Santa-Fe no era infiel á sus juramentos. Habiendo pedido á su padre que la llevase á Málaga, seguía con la vista, desde lo alto de las montañas que ceñían la inhabitada playa, los lejanos bajajes y las fugitivas velas. Cuando rugían las tempestades, contemplaba con crueles zozobras el mar concitado por los vientos, siéndole entonces grato perderse con la fantasía en las nubes, exponerse en los lugares peligrosos, sentirse bañada por las mismas olas y envuelta en los mismos torbellinos que amenazaban los dias de Aben-Amét. Cuando veía la chillona gaviota desflorar las olas con sus grandes y corvas alas, y volar hácia las playas africanas, la hacía mensajera de todas esas palabras de fuego y de todos esos votos fervientes que brotan de un corazón devorado por el amor.

Vagando cierto dia por las arenas de la playa, descubrió una larga barca, cuya alta popa, inclinado mástil y vela latina, anunciaban el elegante genio de los moros. Blanca corre al puerto y poco despues ve entrar la embarcacion herberisca, que convertía en blanca espuma las olas á la rapidez de su curso. Un moro vestido con un soberbio ropaje, se mostraba en pié en la proa, y á su espalda dos esclavos negros

detenían por el freno á un caballo árabe, cuyas humeantes narices y sueltas crines anunciaban á la vez su natural fogoso y el temor que le causaba el estruendo de las olas. La barca se aproxima, amaina sus velas, aborda al muelle y presenta su costado: el ágil móro salta á la orilla, y esta resuena al rumor de sus armas. Los esclavos hacen salir al atigrado corcel, que relincha y se encabrita lleno de alegría al hallar tierra. Otros esclavos desembarcan pausadamente una cesta en que descansaba una gacela acostada entre hojas de palmera, y cuyas delgadas piernas estaban atadas y dobladas bajo su cuerpo, para evitar se fracturasen por los balances de la barca; llevaba un collar de granos de áloes, y en una chapa de oro que servía para unir ambas estrechidades del collar, veíanse grabados en árabe un nombre y un talisman.

Blanca reconoció al punto á Aben-Hamet; pero no atreviéndose á delatarse á los ojos de la multitud, se retiró y envió á Dorotea, una de sus doncellas, á que advirtiése al Abencerrage que le esperaba en el palacio de los moros. Aben-Hamet presentaba en aquel momento al gobernador su firman, escrito con caracteres azules sobre una preciosa vitela y encerrado en un forro de seda; acercóse luego Dorotea y condujo al venturoso Abencerrage á los pies de Blanca. ¡Cuán viva y recíproca alegría experimentaron al hallarse fieles á sus juramentos! ¡Qué felicidad, la de tornar á verse despues de tan larga separacion! ¡Qué nuevas protestas de eterno amor!

Los dos esclavos negros guiaban el caballo nómida, que en lugar de silla ostentaba una piel de león atada con una faja encarnada, y luego trajeron la gacela. «Sultana, dijo Aben-Hamet á Blanca al presentársela, este es un cabritillo de mi país, casi tan ligero como tú.» Blanca desató el hermoso animal, que parecía darle gracias, dirigiéndole las mas dulces miradas. Durante la ausencia de su amante la hija del duque de Santa-Fe habia estudiado el árabe; así es que levó enternecida su nombre en el collar de la gacela. Habiendo esta recobrado su libertad, sosteníase con dificultad sobre sus pies, tanto tiempo aherrojados; por lo cual, tendiéndose en el suelo apoyaba su cabeza en las rodillas de su ama, que le presentaba dátiles nuevos y acariciaba á la inofensiva hija del desierto, cuya fina piel habia retenido el olor del áloes y de las rosas de Túnez.

El Abencerrage, el duque de Santa-Fe y su hija partieron para Granada. Los días de la venturosa pareja se deslizaron como los del año anterior: los mismos paseos, los mismos tristes recuerdos á la vista de la patria, el mismo amor, ó por mejor decir, un amor siempre en aumento, siempre igualmente correspondido; pero tambien una adhesion igual en los dos amantes á la religion de sus padres. «¡Sé cristiano!» decía Blanca; «¡sé musulmana!» replicaba Aben-Hamet; y volvieron á separarse sin haber sucumbido á la pasion que arrastraba el uno hácia el otro.

Aben-Hamet tornó á presentarse al tercer año, bien así como esas aves de paso que el amor atrae en la primavera hácia nuestros climas. Esta vez no halló á Blanca en la playa; pero una carta de este le hizo saber la partida del duque de Santa-Fe á Madrid y la llegada de don Carlos á Granada, á donde le habia acompañado un prisionero francés, muy su amigo. El moro sintió oprimido su corazón á la lectura de tal carta, y partió de Málaga á Granada abrumado por los mas tristes presentimientos. Las montañas le parecieron espantosamente solitarias, y volvía repetidas veces la cabeza para mirar el mar que acababa de atravesar.

Blanca no habia podido separarse durante la ausencia de su padre, de un hermano á quien amaba, en cuyo favor queria hacer donacion de todos sus bienes, y á quien veía despues de siete años de ausencia. Don Carlos estaba dotado de todo el valor y de toda la altivez que caracterizan su nacion: terrible como los

conquistadores del Nuevo-Mundo, entre quienes habia hecho sus primeras armas, y religioso como los caballeros españoles vencedores de los moros, abrigaba en su corazón el odio á los infieles que habia heredado de la sangre del Cid.

Tomás de Lautrec, vástago de la ilustre casa de Foix, en la que la hermosura en las mujeres, la bizarría en los hombres eran consideradas como un don hereditario, era el hermano menor de la condesa de Foix y del valiente y malogrado Odet de Foix, señor de Lautrec. Tomás, armado caballero á la edad de diez y ocho años, por Bayardo, en el mismo retiro donde perdiera la vida el caballero *sin tacha y sin reproche*, cayó prisionero poco tiempo despues en Pavía, cubierto de heridas, defendiendo al rey caballero que perdió todo en aquella jornada, *menos el honor*.

Don Carlos de Vivar, testigo del denuedo de Lautrec, habia hecho curar sus heridas con generosa solitud, y no tardó en establecerse entre ellos una de esas amistades heróicas, cimentadas en la estimacion y la virtud. Francisco I habia regresado á Francia, pero Carlos V retuvo en su poder á los demás prisioneros. Lautrec habia tenido el honor de compartir la cautividad de su rey y de acostarse á sus pies en su encierro; habiendo, pues, permanecido en España despues de la partida del monarca, habia sido entregado bajo su palabra á don Carlos, que acababa de llevarle consigo á Granada.

Cuando Aben-Amet se presentó en el palacio de don Rodrigo y fue introducido en la sala donde se hallaba Blanca, experimentó tórmen os desconocidos por él hasta aquel momento, pues á los pies de la hermosa vió sentido un gentil mancebo que la miraba en silencio y absorto en una especie de amoroso éxtasis. El jóven vestía unos calzones de piel de búfalo y un colete del mismo color, ajustado por un ancho cinturón que sostenía una espada adornada de flores de lis; de sus hombros pendía un capotillo de seda; su cabeza estaba cubierta por un sombrero de alas estrechas, y sombreado por vistosas plumas; una gola de encaje apoyada en su pecho, dejaba ver su desnudo cuello; un bigote negro como el ébano, daba á su semblante, naturalmente afable un aspecto varonil y guerrero; y las anchas botas en sus numerosos pliegues caían sobre sus pies, ostentaban la espuela de oro, emblema de la caballería.

A escasa distancia, manteníase en pié otro caballero, apoyado en la cruz de hierro de su luenga espada, y vestido como el anterior, pero parecia de edad mas provecta, y su continente austero, aunque ardiente y apasionado, inspiraba respeto y temor; la cruz colorada de Calatrava estaba bordada sobre su colete, con esta divisa: *Por ella y por mi rey*.

Blanca prorumpió en un grito involuntario al ver á Aben-Amet. «Caballeros, dijo con viveza, ved aquí al infiel de quien os he hablado repetidas veces; temed que alcance la victoria, pues los Abencerrages eran de su temple, y nadie les sobrepujaba en lealtad valor y galantería.

Don Carlos salió al encuentro de Aben-Hamet, y le dijo: «Señor moro, mi padre y mi hermana me han hecho conocer vuestro nombre, y todos os juzgan descendiente de noble y esforzada estirpe, y os habeis distinguido personalmente por vuestra caballería. Carlos V mi señor, llevará en breve la guerra á Túnez, y espero nos veremos en el campo del honor.»

Aben-Hamet aplicó la mano en su pecho, y sentándose en el suelo sin replicar palabra, fijó sus miradas en Blanca y Lautrec, que admiraba con la curiosidad propia de su país el fastuoso traje, las brillantes armas y el apuesto talante del moro. Blanca no parecia turbada: toda su alma brillaba en sus ojos, pues la severa española no procuraba ya ocultar el secreto de su corazón. Despues de algunos momentos de silencio,

Aben-Hamet se levantó, inclinóse delante de la hija de don Rodrigo y se retiró. Admirado del ademán del moro y de las miradas de Blanca, Lautrec salió de la sala abrigando sospechas que no tardaron en trocarse en realidad.

Quedaron solos don Carlos y su hermana. «Blanca, dijo aquel á esta, es forzoso que te expliques. ¿De qué procede la mal reprimida turbación que te ha causado la presencia de ese extranjero.»

—Procede, hermano mio, respondió Blanca, del amor que profeso á Aben-Hamet, á quien si resuelve hacerse cristiano haré dueño de mi mano.

—¿Cómo! exclamó colérico don Carlos; ¿amas á Aben-Hamet? ¿La hija de los Vivar ama á un moro, á un infiel, á un enemigo expulsado por nosotros de estos palacios?

—Don Carlos, repuso Blanca sin alterarse; amo á Aben-Hamet, y él me ama; tres años há que prefiere renunciar mi mano á abjurar la religion de sus padres. La nobleza, el honor y los sentimientos caballerescos tienen su natural asiento en su alma: hé aquí por lo que le adoraré hasta la muerte.

Don Carlos era digno de apreciar toda la generosidad de Aben-Hamet, aunque deploraba su ceguera. «Desventurada Blanca! exclamó; ¿á dónde te llevará tu ciega pasión? Yo me habia prometido que mi amigo Lautrec seria mi hermano.

—Grande fue tu error, dijo Blanca, pues no puedo amar á ese extranjero. Por lo que respecta á mis sentimientos hácia Aben-Hamet á nadie debo esplicaciones. Guarda en buen hora tus juramentos como caballero, que yo guardaré los míos como amante. Sabe empero para tu consuelo, que nunca será Blanca la esposa de un infiel.

—¡Nuestra familia habrá de desaparecer de la tierra! exclamó don Carlos con el acento del dolor.

—A tí incumbe prolongarla. ¿Qué te importa por otra parte, unos descendientes que no has de ver, y que despreciarán tu virtud? Conozco, don Carlos, que somos los últimos de nuestra raza, pues salimos demasiado del órden vulgar para que nuestra sangre florezca despues de nosotros: el Cid fue nuestro abuelo y será nuestra posteridad. Y Blanca salió.

Don Carlos voló en busca del Abencerrage y le dijo: «Moro! renuncia á mi hermana, ó acepta el combate.»

—¿Estás encargado por tu hermana, dijo Aben-Hamet, de anular los juramentos que me ha hecho?

—¡No! replicó don Carlos; te ama cual nunca.

—¡Ah! digno hermano de Blanca, exclamó Aben-Hamet interrumpiéndole, debo recibir de tu sangre todo mi honor! ¡Oh feliz Aben-Hamet! ¡Oh radiante día! Yo creí que Blanca me habia sido infiel por el caballero francés...

—Esa es precisamente tu desventura, gritó á su vez don Carlos, fuera de sí. Dame cuenta de las lágrimas que por tu causa derrama mi familia.

—Acepto de buen grado lo que me propones, respondió Aben-Hamet; pero aunque nacido de una raza que acaso ha peleado con la tuya, no soy caballero. A nadie veo aquí que me confiera la órden que te permitiré medirme conmigo sin manchar tu sangre.

Admirado don Carlos de la oportuna reflexion del moro, miróle con una mezcla de admiracion y de furor, y al fin exclamó súbitamente: «Yo te armaré caballero, pues eres digno de este honor.»

Aben-Hamet hincó la rodilla delante de don Carlos, que le dió el espaldarazo aplicándole tres golpes de plano con la hoja de su espada, y luego le ciñó la misma que tal vez iba á romper su corazón: ¡tal era el antiguo honor!

Lanzándose ambos sobre sus corceles, salieron de los muros de Granada y volaron á la fuente del Pino, lugar célebre muy de antiguo por los duelos de moros y cristianos, donde Malique Alabés habia peleado

con Ponce de Leon, y el gran maestro de Calatrava habia dado muerte al animoso Abayados. Veíanse aun los restos de las armas de este caballero moro colgadas de las ramas de un pino, y en la corteza del árbol se leían algunos caracteres de un epitafio. Don Carlos mostró con la mano la tumba de Abayados al Abencerrage, y le dijo: «Mita á ese valiente infiel, y recibe de mi mano el bautismo y la muerte.»

—La muerte tal vez, respondió Aben-Hamet; pero ¡vivan Alá y el Profeta!

Esto dicho, tomaron campo y se precipitaron con furia uno contra otro, sin mas armas que sus espadas. Aben-Hamet era menos práctico en los combates que don Carlos: pero la escelencia de sus armas, forjadas en Damasco y la velocidad de su caballo árabe le daban ventajas sobre su enemigo. Lanzó su corcel á la manera de los moros, y cortó la pata derecha del caballo de don Carlos mas abajo de la articulacion, con su ancho estribo tajante. El herido caballo dió consigo en tierra, y don Carlos desmontado por aquel golpe feliz, se dirigió con la espada en alto á Aben-Hamet, que apeándose al punto, recibió con intrepidez á su contendiente, y deteniendo los primeros golpes del español, este vió saltar su espada al choque del acero damasquino. Dos veces engañado por la fortuna, don Carlos, lloró de ira y gritó á su enemigo: «¡Hiere, moro, hiere! don Carlos te desafia inerme, y desafia á toda tu raza infiel.»

—Tu eras dueño de matarme, repuso el Abencerrage, pero yo no he pensado en hacerte la mas leve herida, porque solo he querido probarte que soy digno de ser tu hermano, y capaz de impedir que me desprecies.

En aquel instante descubrieron una nube de polvo: Lautrec y Blanca, montando dos yeguas de Fez, mas rápidas que el viento, llegaron á la fuente del Pino y vieron el suspendido combate.

—¡Estoy vencido! les dijo don Carlos: este caballero me ha dado la vida. Tú, Lautrec, serás mas feliz que yo.

—Mis heridas, dijo Lautrec con voz noble y reposada, me permiten negarme á combatir con este cortés caballero. No quiero, continuó ruborizándose, saber la causa de vuestra discordia, ni penetrar un secreto que acaso me daría la muerte. Pronto hará renacer mi ausencia la paz entre vosotros, á no ser que Blanca me mande permanecer á sus piés.

—Caballero, dijo Blanca, permaneceréis al lado de mi hermano y me mirareis como hermana vuestra. Todos los corazones que aquí están experimentan amarguras, y aprenderéis á sobrellevar los males inseparables de la vida.

Blanca quiso obligar á los tres caballeros á darse la mano, pero todos se negaron: «¡Aborrezco á Aben-Hamet! exclamó don Carlos.» «¡Yo le envidio! dijo Lautrec.» «Y yo, repuso el moro, estimo á don Carlos y compadezco á Lautrec, pero no puedo amarlos.»

—Veámonos siempre, añadió Blanca, y tarde ó temprano la amistad seguirá á la admiracion. ¡Ignore eternamente Granada el funesto suceso que aquí nos reúne!

Desde aquel momento, la hija del duque de Santa-Fé sintió una pasión mas viva hácia Aben-Hamet, pues el amor ama el valor, y nada faltaba ya al Abencerrage, puesto que además de ser valiente, don Carlos le debia la vida. Aben-Hamet se abstuvo por consejo de su amada, de presentarse en palacio durante algunos dias á fin de dar tiempo á que se calmase la cólera de don Carlos. Una mezcla confusa de tiernos y amargos sentimientos combatía el alma del Abencerrage; porque si por un lado la seguridad de ser amado con tanta fidelidad y vehemencia era para él un manantial inagotable de delicias, por otro, la certidumbre de que nunca seria dichoso sin abjurar la religion de sus padres, abrumaba su corazón. Mu-

chos años habian trascorrido ya sin hallar remedio alguno á sus males. ¿Se veria condenado á pasar del mismo modo el resto de sus dias?

Sumido estaba en un abismo de las mas grandes y tiernas reflexiones, cuando habiendo oido una tarde el toque de esa oracion cristiana que anuncia el fin del dia, le ocurrió entrar en el templo del Dios de Blanca, y pedir consejos al Señor de la naturaleza.

Salió pues, y llegando á la puerta de una antigua mezquita, convertida en iglesia por los fieles, entró con el corazon poseido de tristeza y de religion en el templo que lo habia sido en otro tiempo de sus padres y de su patria. La oracion acababa de terminar y la iglesia estaba desierta. Una santa oscuridad reinaba á través de multitud de columnas, semejantes á los troncos de los árboles de un bosque melódicamente



ABEN-HAMET DESCUBRE Á GRANADA Y SE HACE NOMBRAR SUS EDIFICIOS.

plantados. La ligera arquitectura árabe mostrábase enlazada con la gótica, y sin perder nada de su elegancia, habia adquirido una gravedad mas adecuada á la meditacion. Algunas lámparas alumbraban débilmente las bóvedas, pero al resplandor de muchos cirios veíase brillar aun el altar del santuario, radiante de

oro y pedrería, pues los españoles cifran toda su gloria en despojarse de sus riquezas para adornar con ellas los objetos de su culto; así pues, la imágen del Dios Vivo, colocada entre velos de encaje, de coronas de perlas y de mazorcaas de rubís, recibe la adoracion de un pueblo medio desnudo.

Ningun asiento se veia en el vasto recinto: un pavimento de mármol que cubria muchas sepulturas, servia así á los grandes como á los pequeños, para arrodillarse delante del Señor. Aben-Hamet avanzaba con lento paso por las naves desiertas, que resonaban al último rumor de sus pasos, con el espíritu dividido entre los recuerdos que aquel antiguo edificio de la religion de los moros traia á su mente, y los senti-

mientos que la religion cristiana hacia nacer en su corazon. Entregado al choque de tan opuestos afectos, entrevió al pié de una columna una figura inmóvil, que desde luego tomó por la estatua de un sepulcro; acercóse á ella y vió á un jóven caballero de rodillas, con la frente respetuosamente inclinada y ambos brazos cruzados sobre el pecho. El caballero no hizo el menor movimiento al ruido de los pasos de Aben-



ABEN-HAMET Y BLANCA VISITAN LA ALHAMBRA.

Hamet, ni la mas leve distraccion, ni señal alguna exterior de vida turbaron su profunda oracion. Su espada estaba tendida en tierra delante de él y su sombrero cargado de plumas, descansaba sobre el mármol á su lado; parecia hallarse en aquella actitud por el efecto de un encanto. Era Lautrec: «¡Ah! se dijo á sí mismo el Abencerrage; este jóven y bizarro francés

pide al cielo algun señalado favor; el guerrero célebre, ya por su denuedo, abre aquí su corazon á los piés del Señor del cielo como el mas humilde y oscuro de los hombres. Oremos, pues, tambien al Dios de los caballeros y de la gloria.»

Aben-Hamet iba á precipitarse sobre el mármol, cuando descubrió á la luz de una lámpara algunos ca-

racteres árabes y un versículo del Alcoran sobre una lápida medio rota. Los remordimientos se apoderaron de su corazón, y se apresuró á alejarse del lugar donde se creyera próximo á ser infiel á su religion y su patria.

El cementerio que rodea aquella antigua mezquita era una especie de jardín plantado de naranjos, cipreses y palmeras, y regado por dos fuentes en cuyo derredor se extendía un claustro. Aben-Hamet vió al pasar por aquellos pórticos, una mujer que se disponía á entrar en la iglesia; y aunque se envolvía en un velo, reconoció á la hija del duque de Santa-Fé; detúvola y le dijo: «¿Vienes á este templo en busca de Lautrec?»

—Abandona tan vulgares zelos, respondió Blanca; si no te amase, te lo diría, porque sería indigno de mí el intento de engañarte. Vengo á orar por tí, pues tú solo eres el objeto de mis paces, y la causa de que olvide mi alma por la tuya. O no debiste embriagarme en el veneno de tu amor, ó debes prestarte á servir al Dios á quien yo sirvo. Tú trastornas toda mi familia: mi hermano te aborrece, y mi padre está abrumado de amargura porque me niego á recibir un esposo. ¿No echas de ver que mi salud se deteriora? Mira ese asilo de la muerte: ¡está encantado! Pronto descansaré en él, sino te apresuras á recibir mi fe en el altar de los cristianos, pues los ocultos combates que sufro minan lentamente mi vida, y la pasión que me inspiras no sostendrá siempre mi flaca existencia; reflexiona, ¡oh moro! que para valerme de tu lenguaje, el fuego que sostiene la antorcha es también el fuego que la consume.

Esto dicho, Blanca entró en la iglesia, dejando á Aben-Hamet aterrado con sus últimas palabras.

La suerte estaba echada: el Abencerrage se sentía vencido y próximo á renunciar los errores de su culto, pues harto tiempo habia combatido, y el temor de ver morir á Blanca acallaba todos los demás sentimientos en su corazón. Despues de todo, se decía, «¿será el verdadero Dios el que adoran los cristianos? Mas, sea lo que fuere, ese Dios es el de las almas nobles, puesto que es el de Blanca, don Carlos y Lautrec.»

Ocupado en estas ideas, esperaba con indiferencia el día siguiente para hacer conocer su resolución á Blanca, y trocar una existencia de tristeza y lágrimas por otra de alegría y felicidad. Llegó el día deseado, pero no habiendo podido pasar al palacio del duque de Santa-Fé hasta la tarde, supo que Blanca habia ido con su hermano al Generalife, donde Lautrec daba una fiesta. Aben-Hamet, combatido de nuevas sospechas, voló en busca de Blanca, y Lautrec se sonrojó al verle; por lo que respecto á don Carlos, le recibió con una fría política que no excluía sin embargo, cierta estimación.

Lautrec habia hecho servir las mas exquisitas frutas de España y Africa, en una de las salas del Generalife, llamada *Sala de los Caballeros*, en cuyas paredes se veían los retratos de los principes y caballeros vencedores de los moros: Pelayo, el Cid y Gonzalo de Córdoba; la espada del último rey de Granada estaba colgada debajo de estos retratos. El moro disimuló su dolor, y se dijo interiormente como el león de la fábula, al mirar los retratos: «No somos nosotros los pintores.»

El generoso Lautrec, al ver que los ojos del Abencerrage se volvían á su pesar hácia la espada de Boabdil, le dijo: «Caballero, si hubiese previsto que me dispensarais el honor de concurrir á esta fiesta, no os hubiera recibido en esta sala. Todos los días se pierde una espada, y yo he visto al mas valiente de los reyes entregar la suya á su afortunado enemigo.»

—¡Ah! exclamó el moro, cubriéndose el rostro con su alquicel; bien puede perderse una espada, como Francisco I; ¡pero perderla como Boabdil!...

Llegó la noche y habiéndose encendido antorchas,

la conversacion mudó de giro. Todos pidieron á don Carlos que narrase el descubrimiento de Méjico, y él habló de este mundo desconocido con esa pomposa elocuencia propia de la nacion española; refirió las desgracias de Motezuma, las costumbres de los americanos, los prodigios del esfuerzo castellano, y también las crueldades de sus compatriotas, que al parecer no le merecían ni vituperio ni elogio. Estas relaciones encantaban á Aben-Hamet, cuya pasión á las historias maravillosas revelaba claramente su sangre árabe. El trazó á su vez el cuadro del Imperio Otomano, recientemente fundado sobre las ruinas de Constantinopla, no sin consagrar algunos tristes recuerdos al primer imperio de Mahoma: tiempo venturoso, en que el jefe de los creyentes veía brillar en su derredor á Zobeida, á Flor de Hermosura, á fuerza de los Corazones, á Tormento y al generoso Ganem, esclavo por amor. Lautrec por su parte, pintó la corte galante de Francisco I; las artes renaciendo en el seno de la barbarie; el honor, la lealtad y la caballería de los antiguos tiempos, unidos á la cultura de los siglos civilizados; las torrecillas góticas adornadas con las órdenes de la Grecia, y las damas galas realzando la riqueza de sus atavíos con la elegancia ateniense.

Terminados tan sabrosos coloquios, Lautrec, que deseaba obsequiar la divinidad de aquella fiesta, tomó una guitarra y cantó unas sentidas estancias compuestas por él sobre un aire de las montañas de su país y en las cuales expresaba los tiernos recuerdos que en su alma despertaba la perdida patria.

Al terminar la última estrofa, enjugó con su guante una lágrima que le arrancara la hermosa imagen de Francia. La amargura del bizarro prisionero se reflejó con viveza en el alma de Aben-Hamet, que lloraba como él la ausencia de su patria. Instado á su vez á que tomase la guitarra, se escuso diciendo que solo sabia un romance desagradable á los cristianos.

—Si los infieles se lamentan en ese romance de nuestras victorias, replicó con desden don Carlos, podeis cantar, pues las lágrimas son permitidas á los vencidos (1).

—Si, dijo Blanca, con la mayor delicadeza; por eso nuestros padres, sometidos en otro tiempo al yugo de los moros nos han legado tantas quejas.

Aben-Hamet cantó al fin una balada que habia aprendido de un poeta de la tribu de los Abencerrages, y en la que suponía un diálogo entre Granada y el rey don Juan.

La sencillez de las quejas que expresaban los versos habia conmovido hasta al orgulloso don Carlos, á pesar de las imprecaciones lanzadas contra los cristianos. Mucho deseaba que no se le instase á cantar; pero creyó que la cortesania le obligaba á ceder á los ruegos de Lautrec. Aben-Hamet entregó, pues, la guitarra al hermano de Blanca, que celebró las proezas del Cid, su ilustre antepasado.

Don Carlos habíase mostrado tan altivo, y era tan varonil y robusto el acento de su canto, que se hubiera podido tomarle por el mismo Cid. Lautrec participaba del entusiasmo guerrero de su amigo, pero el Abencerrage palideció al nombre del héroe castellano.

—Ese caballero, dijo, que los cristianos apellidan la *Flor de las batallas*, lleva entre nosotros el renombre de *cruel*. ¡Si su generosidad hubiese rivalizado con su valor...!

—Su generosidad, repitió impaciente don Carlos, interrumpiendo al moro, excedía su valor; y solo los

(1) En esta falta de atención y rudeza de carácter, que el autor atribuye á don Carlos en este pasaje y otros varios de esta novela, se echa bien de ver que el autor, aun cuando se propuso eualtecerlo, no comprendió el verdadero carácter español, notable en todas épocas por su nobleza y generosidad. (N. del T.)

musulmanes pueden calumniar al esforzado adalid á quien mi familia debe la vida.

—¿Qué dices? exclamó Aben-Hamet, levantándose agitado del asiento en que estaba medio acostado, ¿cuentas al Cid entre tus progenitores?

—Su noble sangre circula por mis venas, replicó don Carlos; la reconozco en el odio que arde en mi corazón contra los enemigos de mi Dios.

—¡Así pues, dijo Aben-Hamet, mirando á Blanca, eres de la sangre de los Vivar, que despues de la conquista de Granada invadieron los hogares de los los desgraciados Abencerrages, y dieron la muerte á un anciano caballero de este nombre, que quiso defender el sepulcro de sus abuelos!

—¡Moro! gritó don Carlos lleno de despecho; sabe que no me dejes interrogar. Si poseo hoy los despojos de los Abencerrages, mis antepasados los han conquistado á precio de su sangre, y solo los deben á su espada.

—¡Una palabra mas! dijo Aben-Hamet con creciente emocion: he ignorado en mi destierro que los Vivar se adornasen con el título de *Santa-Fe*; y hé aquí la causa de mi error.

—Ese título, repuso don Carlos, fue conferido á ese mismo Vivar, vencedor de los Abencerrages, por Fernando el Católico.

La cabeza del apasionado doncel se inclinó sobre su pecho, y permaneció inmóvil de pié en medio de don Carlos de Lautrec y de Blanca, estupefactos. Dos torrentes de lágrimas brotaron súbitamente de sus ojos sobre el puñal que brillaba en su cintura. «Perdonadme, dijo despues de algunos momentos de silencio: bien sé que el llanto es indigno de los hombres; de hoy mas nadie será testigo de mis lágrimas, aunque mi destino sea derramar muchas; escuchadme:

»¡Blanca! el amor que te profeso compite con el ardor de los vientos abrasadores de la Arabia. Yo estaba vencido, pues no me era posible vivir sin tí. Ayer, la vista de este caballero francés en oracion y tus palabras en el cementerio del templo, me habian hecho tomar la resolucion de conocer á tu Dios y ofrecerte mi fe.»

Un movimiento de alegría en Blanca y otro de sorpresa en don Carlos, interrumpieron á Aben-Hamet; Lautrec ocultó el rostro en sus manos; pero el moro, que leyó su pensamiento, le dijo con desgarradora sonrisa: «¡Caballero! no perdais la esperanza; y tú, Blanca, ¡llora eternamente sobre el último Abencerrage!»

Blanca, don Carlos y Lautrec levantaron á la vez sus manos al cielo, exclamando: «¡El último Abencerrage!»

Un profundo silencio sucedió á estas palabras: el temor, la esperanza, el odio, el amor, la admiracion y los zelos agitaban todos los corazones. Blanca, cayó de rodillas, exclamó: «¡Dios de bondad! tú justificas mi eleccion: yo no podía amar sino á un descendiente de héroes.»

—Hermana mia, dijo irritado don Carlos; ¡no olvides que estás en presencia de mi amigo Lautrec!

—Don Carlos, repuso Aben-Hamet, modera tu enojo; mi deber es restituirte la calma que involuntariamente os he robado. Y dirigiéndose á Blanca, que habia vuelto á sentarse, le dijo:

—¡Hurí celestial, genio del amor y de la hermosura! ¡Aben-Hamet será tu esclavo hasta exhalar su postrer suspiro! pues bien: conoce ya toda la extension de mi infortunio. El anciano inmolado por tu abuelo al defender sus hogares, era el padre de mi padre: añade á este secreto otro que te habia ocultado, ó por mejor decir, que tú me habias hecho olvidar. Cuando vine la primera vez á visitar esta triste patria, era mi principal objeto buscar algun descendiente de los Vivar, que pudiese responderme de la sangre injustamente derramada por sus padres,

—¡Y bien! preguntó Blanca con el acento de dolor, pero sostenida por el esfuerzo de una alma elevada: ¿cuál es ahora tu resolucion?

—La única digna de tí, respondió Aben-Hamet: dar por nulos tus juramentos, satisfacer, mediante mi eterna ausencia y mi muerte, á lo que uno y otro debemos á la enemistad de nuestros dioses, á la de nuestra respectiva patria y á la de nuestras familias. Si mi imagen se borra algun dia de tu corazón; si el tiempo, que destruye todo, arrancase á tu memoria mi recuerdo... este caballero francés... Debes á tu hermano este sacrificio.

Lautrec se levantó con impetuosidad, y arrojándose en brazos del moro, le dijo: «¡Aben-Hamet! no esperes vencerme en generosidad; soy francés, Bayardo me armó caballero, he vertido mi sangre en defensa de mi rey, y seré como mi príncipe y mi padrino, sin tacha y sin reproche. Si permaneces entre nosotros, suplico desde ahora á don Carlos te conceda la mano de su hermana; y si abandonases á Granada, nunca importunaré á tu amante con palabras de amor. No llevarás á tu destierro la funesta idea de que Lautrec, insensible á tu virtud, aspira á utilizar tu desgracia.

Y el francés estrechaba al moro sobre su pecho, con el calor y la viveza del carácter de su nacion.

—¡Caballero! dijo á su vez don Carlos, no esperaba menos de vuestras ilustres razas. Aben-Hamet, ¿en qué señal podré reconocerlos por el último Abencerrage?

—¡En mi conducta! replicó Aben-Hamet.

—La admiro y respeto, dijo el español; pero antes de explicarme mostradme alguna señal de vuestro nacimiento.

Y Aben-Hamet sacó de su pecho el anillo hereditario de los Abencerrages, que llevaba pendiente de una cadena de oro.

Don Carlos alargó entonces la mano al desventurada, diciéndole: «¡Señor! os tengo por un noble y verdadero hijo de reyes. Mucho me honran vuestros proyectos sobre mi familia, y acepto desde luego el combate que en secreto habias venido á buscar. Si quedo vencido, todos mis bienes, que otro tiempo fueron vuestros, os serán fielmente devueltos; mas si renunciáis al propósito de combatir, aceptad á vuestra vez lo que os ofrezco: sed cristiano y recibid la mano de mi hermana, que Lautrec me ha pedido para vos.»

La tentacion era terrible, mas no superior á las fuerzas de Aben-Hamet. Si el amor hablaba con toda su fuerza á su corazón, miraba por otra parte con espanto la idea de mezclar la sangre de los perseguidores con la de los perseguidos. Creia ver salir del sepulcro la sombra de sus abuelos para maldecir esta sacrilega alianza. Traspasado de dolor, exclamó al fin:

—¡Ah! un cruel destino quiso presentarme aquí tantas almas sublimes, tantos caracteres generosos, para hacerme sentir mas lo que pierdo! ¡Decida Blanca, y diga lo que debo hacer para mostrarme mas digno de su amor!

Blanca exclamó: «¡Vuelve al desierto!» y cayó desmayada.

Aben-Hamet puesto de hinojos, adoró algunos instantes á Blanca con mas fervor que al cielo, y salió sin articular palabra. Aquella misma noche se encaminó á Málaga, donde se embarcó en un bajel que debia tocar en Oran, en cuyas inmediaciones halló acampada la caravana que saliendo anualmente de Marruecos, atraviesa el Africa, pasa á Egipto y se reunen en Yemen á la de Meca. Aben-Hamet se confundió entre los peregrinos.

Blanca, cuya existencia habia corrido graves peligros, recobró la vida. Lautrec, fiel á la palabra que habia empeñado al Abencerrage, se alejó para nunca turbar con una sola palabra de amor ó de dolor, la

habitual melancolía de la hija del duque de Santa-Fe. Todos los años iba esta á vagar por las montañas de Málaga, en la época en que su amante acostumbraba regresar de Africa; sentábase en las mismas rocas, miraba tristemente el mar y los lejanos bajeles, volvía en silencio á Granada, y pasaba sus días entre las ruinas de la Alhambra. Y como si se quejaba, ni llo-

raba, ni hablaba nunca de Aben-Hamet, cualquier extraño la hubiera juzgado feliz. Sobrevivió á su familia, pues su padre murió de pesar, y don Carlos perdió la vida en un duelo en que Lautrec le había servido de padrino. Por lo que toca á Aben-Hamet, su paradero quedó eternamente ignorado.

Quando se sale de Túnez por la puerta que condu-



DON CARLOS VENCIDO POR ABEN-HAMET.

ce á las ruinas de Cartago, se encuentra un cementerio en el cual, debajo de una palmera y en uno de sus ángulos, me fue mostrado un sepulcro conocido con el nombre de *el sepulcro del último Abencerrage*. Nada tiene digno de atención; la losa sepulcral está

intacta, aunque según la costumbre morisca, se ha practicado en medio de ella una ligera excavación. Las aguas llovedizas se reúnen en el fondo de esta copa fúnebre, y sirven en aquellos ardientes climas para aplacar la sed de las avencillas del cielo.

VIAJE AL MONTE-BLANCO.

PAISAJES DE MONTAÑAS.

Nada es mas hermoso sino lo verdadero;
solo lo verdadero es amable.

Agosto de 1085.

He visto muchas montañas en Europa y América, y habiéndome parecido siempre que en las descripciones de estos grandiosos monumentos de la naturaleza se traspasaban los límites de la verdad, mis últimas experiencias sobre el particular me han corroborado en mi opinion. He visto el valle de Chamouny, célebre por los trabajos de Mr. Saussurre, pero no sé si el poeta hallaria en él *especiosa deserti*, como el mineralogista. Sea como fuere, espondré sencillamente mis reflexiones de viaje, pues mi parecer tiene, por otro parte, muy escasa autoridad para que pueda ofender á nadie.

Habiendo salido de Ginebra con un tiempo bastante nebuloso, llegué á Servoz en el momento que el cielo empezaba á aclararse. La cima del Monte-Blanco no se descubre desde aquel lugar, pero se disfruta de una clara perspectiva de su cresta nevada, llamada el *Domo*. Sálvase luego el paso de los *Montcés*, éntrase en el valle de Chamouny, y se pasa al pié del ventisquero de los *Bossons*, cuyas pirámides se muestran al través de los abetos y alerces. Mr. Bourrit comparó este ventisquero por su blancura y el prolongado corte de sus cristales, á una flota á la vela; yo añadiría, navegando en un golfo rodeado de frondosos bosques.

Detúveme en la aldea de Chamouny, y al día siguiente me trasladé al Montanvert, al que subí con el mas hermoso tiempo. Al llegar á su cima, que es una cresta del Monte-Blanco, descubrí lo que con harta impropiedad se llama el *Mar de Hielo*.

Represéntese el lector un valle cuyo fondo está enteramente cubierto por un río. Las montañas que forman este valle, suspenden sobre el río una masa de peñascos, las agujas del Dru, del Bochart y de los Charmoz. En lejanía el valle y el río se dividen en dos ramas ó brazos, uno de los cuales va á unirse á otra montaña, el *Cuello del Gigante*, y otro va á parar á los peñascos de los *Jorasos*. En la extremidad opuesta de este valle se halla una pendiente hácia el de Chamouny, casi vertical y ocupada por la parte del Mar de Hielo, llamado el *Ventisquero de los Bosques*. Supóngase un invierno riguroso: el río que ocupa el valle y todas sus sinuosidades se hielan hasta el fondo de su lecho: las cumbres de los montes vecinos se muestran cargadas de nieve en todos los lugares en que los planos de granito son bastante horizontales para retener las aguas congeladas: á esto se reduce el *Mar de Hielo* y la situación que ocupa. No es, por

consecuente, un mar sino un río; es una especie de Rhin helado; el Mar de Hielo imita su corriente, y el Ventisquero de los Bosques, su caída en Laufen.

Quando el viajero se halla en el Mar de Hielo, su superficie, que le parecia unida desde la altura de Montanvert, presenta multitud de picos y anfractuosidades que imitan las figuras, formas y recortes del enhiesto recinto de peñascos que parecen colgar por todas partes de las montañas circunvecinas, á manera de unos relieves en mármol blanco.

Hablemos ahora de las montañas en general.

Hay dos modos de examinarlas con nubes ó sin ellas.

En el primer caso la escena es mas animada, pero mas oscura, y suele presentar tal confusión que apenas pueden distinguirse algunos rasgos.

Las nubes decoran los peñascos de mil maneras. He visto en las alturas de Servoz una punta descarnada, atravesada oblicuamente por una nube á manera de toga, que hubiera podido ser tomada por la estatua colosal de un antiguo romano. En otro lugar se descubria la pendiente de la montaña; una barrera de nubes detenia la vista al pié de esta pendiente; sobre aquella impalpable barrera partian negras ramificaciones de montañas que imitaban las fauces de Quimera, cuerpos de esfinges, cabezas de Anubis y formas diversas de los monstruos y los dioses de Egipto.

Quando las nubes son impelidas por el viento parece que los montes huyen detrás de esta movible cortina, y se ocultan y se muestran á la vez: ya se deja ver súbitamente un bosquecillo en la rotura de una nube, á manera de una isla pendiente del cielo; ya se descubre lentamente un peñasco que atraviesa poco á poco el profundo vapor, cual un fantasma. Lleno de tristeza, el viajero no escucha otra cosa que el zumbido del viento en los pinos, el rumor de los torrentes que se despeñan en los ventisqueros, la caída de los aludes, y algunas veces el silbido de la marmota asustada por haber visto al gavilan en las nubes.

Quando el cielo está sereno, y la perspectiva de los montes se despliega por entero á la vista, solo un accidente es entonces digno de estudio: las cimas de las montañas presentan en la elevada region en que descuellan, una pureza de líneas, una limpieza de planos y perfiles que no tienen los objetos de las llanuras. Las cimas angulosas se asemejan, bajo la trasparente bóveda del cielo, á los soberbios ejemplares de un gabinete de historia natural, á unos hermosos árboles de coral y á caprichosas girandolas de estalactitas, encerradas bajo un globo del mas puro cristal. El montañés busca en estos elegantes contornos la imágen de los objetos que le son familiares; de esto

han precedido los nombres de las rocas llamadas los *Mulos*, los *Charmoz* ó los *Camellos*: de aquí se han derivado tambien las denominaciones tomadas de la Religión, como las *Cimas de las Cruces*, *Roca del Altar* y el *Ventisquero de los Peregrinos*: nombres sencillos que prueban que si el hombre está incesantemente ocupado de la idea de sus necesidades, le es grato colocar en todas partes el recuerdo de sus consuelos.

Por lo que respecta á los árboles de las montañas, solo hablaré del pino, del abeto y del alerce, porque constituyen por decirlo así, la única decoración de los Alpes.

El pino tiene algo de monumental: sus ramas presentan el aspecto de la pirámide, y su tronco el de la columna. Imita tambien la forma de los peñascos donde vive; así es que es muy comun confundirlo, desde los ángulos y las cornisas salientes de las montañas, con las flechas ó agujas, enhiestas ó diseminadas como á él. A espaldas del *Col de Balme*, á la bajada del ventisquero de Trient, se encuentra un bosque de pinos, abetos y alerces: cada árbol en esta familia de gigantes, cuenta muchos siglos. Esta tribu alpina tiene un rey que los guías no olvidan enseñar á los viajeros: un abeto que podria servir de mástil al bajel de mayor porte. Solo el monarca se ostenta incólume, mientras todo su pueblo está mutilado en su derredor: un árbol ha perdido su copa, otro una rama; este tiene la frente surcada por el rayo, aquel el pie ennegrecido por las hogueras de los pastores. Vi dos gemelos, procedentes de un mismo tronco, que se alzaban á la par al cielo: pero aunque iguales en altura y en edad, uno estaba lleno de vida, y el otro seco.

Daucia, Laride Thymberque, simillima proles
Indiscreta suis, gratusque parentibus error.
At nunc dura dedit vobis discrimina Pallas.

«Hijos gemelos de Dauco, vuestros mismos padres no podrian distinguirlos y les causabais dulces equivocaciones. Pero la muerte estableció entre vosotros una cruel diferencia.»

Añadamos que el pino anuncia la soledad y la indigencia de la montaña. Es el humilde compañero del pobre saboyano, de cuyo destino participa: crece y muere desconocido como él, sobre las inaccesibles cumbres donde se perpetúa su posteridad, igualmente ignorada. En el alerce liba la abeja esa miel compacta y sabrosa, que tambien se asocia á la crema y á las frambuesas de Montanvert. Los rumores del pino, cuando son ligeros, han sido alabados por los poetas bucólicos; pero cuando son violentos remedan al sordo mugido del mar, y el viajero imagina oír bramir el Océano en las crestas de los Alpes. Por último, el olor del pino es aromático y agradable, y tiene, especialmente para mí, cierto encanto particular, porque lo he respirado á mas de veinte leguas en el mar, en las costas de la Virginia: por esta causa despierta siempre en mi alma el recuerdo de ese Nuevo-Mundo, que me fue anunciado por un soplo embalsamado, por un hermoso cielo y por unos mares brillantes, en que el perfume de los bosques llegaba hasta mí en alas de las brisas matinales; y como todo se enlaza á nuestros recuerdos, ese árbol reproduce tambien en mi memoria los sentimientos de tristeza ó de esperanza que me ocupaban cuando, apoyado en el borde de el bajel, meditaba en la patria que habia perdido, y en los desiertos que iba á hallar.

Empero, volviendo á mi opinion particular acerca de las montañas, diré que así como no hay país hermoso sin un horizonte de montañas, tampoco hay lugares gratos para ser habitados ni que halaguen la vista ó el corazón, allí donde faltan aire y espacio; y hé aquí lo que ocurre en lo interior de los montes. Estas pesadas é inmensas moles no están en relacion

con las facultades del hombre, ni con la debilidad de sus órganos.

Atribúyese á los paisajes de las montañas cierta sublimidad, pues no es dudoso que esta consiste en la grandeza de los objetos. Pero si se demuestra que esa grandeza, muy positiva en efecto, no es sensible á la vista, ¿dónde hallaremos la sublimidad?

Sucede respecto de los monumentos de la naturaleza lo mismo que con los del arte: para disfrutar de su hermosura es preciso encontrarse en el verdadero punto de perspectiva, pues de lo contrario desaparecen las formas, los colores y las proporciones. Y como en el interior de las montañas se tocan inmediatamente los objetos, y su campo óptico es muy limitado, las dimensiones pierden necesariamente su grandeza: siendo esto tan cierto que el observador se equivoca á cada paso respecto de las alturas y distancias. Apelo al testimonio de los viajeros: ¿les ha parecido muy alto el Monte-Blanco desde el fondo del valle de Chamouny? Es muy comun que un lago inmenso en los Alpes parezca un mezuquino estanque: júzgase á primera vista que bastan algunos pasos para subir á una cima á que se tarda tres horas en llegar, y apenas es bastante un dia entero para salir de una garganta cuya extremidad parecia hallarse al alcance de la mano. Así, pues, esa grandeza de las montañas que tanto se encarece, no es positiva sino por el cansancio que ocasiona. Por lo que toca al país, no es mayor á la simple vista que un paisaje ordinario.

Pero esos montes que pierden su grandeza aparente cuando están muy inmediatos al observador, son no obstante tan gigantescos que anonadan, digámoslo así, todo lo que pudiera servirles de adorno. Así es que por leyes contrarias, el conjunto y los pormenores disminuyen á la vez en los desfiladeros de los Alpes. Si la naturaleza hubiese hecho los árboles cien veces mayores en las montañas que en las llanuras, si los rios y las cascadas derramasen aguas cien veces mas abundantes, esos altísimos bosques, esas caudalosisimas corrientes producirian sin duda magestuosos efectos en las montañas. Empero como no sucede así, el marco del cuadro se ensancha de una manera desmesurada, al paso que los rios, los bosques, las aldeas y los rebaños se mantienen dentro de las proporciones comunes: resultando de esto que no hay relacion alguna entre el todo y la parte, entre el teatro y su decoración. Siendo perpendicular el plano de las montañas es en cierto modo una escala gigantesca, con la cual la vista relaciona y compara todos los objetos que abraza y estos se muestran sucesivamente en extremo pequeños sobre tan enorme medida. Los pinos mas erguidos, por ejemplo, se distinguen con dificultad en las cañadas de los valles, donde parecen unos mezuquinos penachos; la huella de las aguas llovedizas está impresa en estos bosques raquíticos y negruzcos en pequeñas rayas amarillas y paralelas; y los torrentes mas anchos y las mas altas cataratas parecen delgados hilos de agua, ó vapores azulados.

Los que han visto diamantes, topacios y esmeraldas en los ventisqueros, han sido mas felices que yo, pues jamás ha podido descubrir mi imaginacion tan ricos tesoros. Las nieves del pié del Ventisquero de los Bosques, mezcladas con polvo de granito, me han parecido de color de ceniza; el Mar de Hielo pudiera tomarse en muchos lugares por canteras de cal y yeso, pues solo sus hendiduras presentan algunos matices del arco iris; y cuando las capas de hielo se apoyan en los peñascos se asemejan á pedazos de vidrio verduzco.

Los cortinajes blancos de los Alpes ofrecen por otra parte un gran inconveniente, porque ennegrecen todo cuanto les rodea, sin exceptuar el cielo, cuyo azul empañan. Y no se crea que algunos hermosos accidentes de luz sobre las nieves subsanen este desa-

gradable efecto, pues el colorido con que se pintan las montañas lejanas es nulo para el espectador colocado á su pié. Así es que la pompa con que el sol en su ocaso cubre las cimas de los Alpes de la Saboya, solo puede ser apreciada por el habitante de Lausana; y el viajero del valle de Ghamonny intentaría en vano disfrutar de tan brillante espectáculo, porque únicamente ve sobre su cabeza, como desde el fondo de un embudo, una escasa parte de un cielo mate y duro, sin aurora y sin ocaso, triste mansion donde avaro el sol desliza un rayo fugitivo á medio día, sobre una muralla de hielo.

Permítaseme valerme de una verdad trivial, para mejor hacerme entender. Para pintar se necesita un lienzo; ahora bien: el lienzo de los paisajes es en la naturaleza el cielo y si este falta al fondo del cuadro, todo se muestra confuso y sin efecto. Y como los montes, cuando se está muy inmediato á ellos, ocultan la mayor parte del cielo y no hay bastante aire ó espacio en sus cimas, estas se hacen sombra unas á otras, y se prestan mutuamente las tinieblas que moran en las concavidades de sus cavernas. Para saber si los paisajes de montaña tienen tan inequívoca superioridad, basta consultar á los pintores: pues estos colocan siempre los montes en último término, y abren á la vista un paisaje sobre bosques y llanuras.

Solo un accidente deja á los lugares de que hablamos su natural magestad, la claridad de la luna. Y esto ocurre porque es propio de esa media luz sin reflejos y de un colorido uniforme, agigantar los objetos aislando las masas y haciendo desaparecer esa gradación de colores que enlaza las diferentes partes de un cuadro. Entonces, cuanto mas francos y pronunciados son los córtes de los monumentos, mas extension y atrevimiento presenta su diseño, y mejor se destacan las líneas de sombra á la blancura de la luz. Por esta razon, la gigantesca arquitectura romana, á semejanza, de los contornos de las montañas, es tan hermosa al resplandor de la luna.

Lo *grandioso*, y por consiguiente la especie de sublimidad que de él procede, desaparece en el interior de las montañas; veamos ahora si lo *gracioso* se halla en ella en mas alto grado.

Háblase con entusiasmo de los valles de Suiza, pero debe observarse que no parecen agradables sino por comparacion, porque en verdad, fatigada la vista de recorrer llanuras estériles ó promontorios cubiertos de un líquen rojizo, se detiene con indecible placer sobre un poco de verdor ó de vegetacion. ¿Pero á qué se reduce esta vegetacion? A algunos sauces mezquinos, á algunos surcos de cebada y de avena que crecen penosamente y maduran tarde, y á algunos árboles silvestres que dan frutos ásperos y amargos; así es que si una viña vegeta con esmero en un reducido abrigo situado á Mediodía y preservado con esmero de los vientos del Norte, se admira esta extraordinaria feracidad. Pero al subir á los vecinos peñascos se advierte que los grandes rasgos de los montes hacen desaparecer las miniaturas de los valles: las cabañas apenas son visibles, los compartimientos cultivados se asemejan á las pequeñas muestras pegadas á los mostruarios de un fabricante de tejidos.

Háanse encarecido tambien mucho las flores de las montañas, las violetas que se cogen á las orillas de los ventisqueros, las fresas que ostentan su encendido color sobre las nieves, etc.; pero estas son maravillas imperceptibles, que no producen efecto alguno, porque son adornos mezquinos para tales colosos.

Finalmente, soy tambien muy desgraciado, porque no he podido ver en esos famosos albergues, encantados por la imaginacion de J. J. Rousseau, sino unas miserables cabañas llenas de estiércol de los rebaños, de olor de queso y de leche fermentada, y cuyos únicos habitantes eran unos pobres montañeses que se creían desterrados y deseaban bajar á los valles.

Algunos mudos pajarillos que revolotean de uno en otro carámbano, y algunas parejas de cuervos y gavilanes prestan una escasa animacion á aquellas soledades de nieve y de piedras, donde la caída de la lluvia es casi siempre el único movimiento que ocupa la vista, debiendo considerarse como un caso feliz que el pico-verde haga resonar su voz desapacible y mensajera de la tempestad, en lo mas oculto de un decrepto bosque de abetos. Y, no obstante, esa triste señal de vida contribuye á hacer mas sensible la muerte que por donde quiera reina. Las cabras monteses, los machos cabríos y los conejos blancos han sido casi totalmente destruidos; y como hasta las marmotas escasean, el pequeño saboyano se ve amenazado de perder su tesoro. Los animales montaraces han sido reemplazados en las cimas de los Alpes por vacadas que echan tan de menos la llanura, como sus dueños. Tendidas en los prados de Caux, esas vacadas presentarian una escena igualmente hermosa, y tendrían además el mérito de traer á la memoria las descripciones de los poetas de la antigüedad.

Resta ya solo hablar del sentimiento que se experimenta en las montañas. Pues bien: ese sentimiento es, en mi concepto, muy penoso. No es posible sentir el alma satisfecha donde se ven en todas partes las fatigas del hombre y sus inauditos trabajos, que una tierra ingrata se niega á recompensar. El montañés, que sienta sus desgracias, es mas sincero que los viajeros: llama á la llanura *el buen país*, y no se obstina en que unos peñascos regados por sus sudores, que no los hacen mas fértiles, sean lo mejor en la distribucion de los beneficios de la Providencia. Si nos parece muy amante de sus montañas, esto consiste en las relaciones misteriosas establecidas por Dios entre nuestras penas, el objeto que las causa, y los lugares donde las hemos sufrido, consiste en la magia poderosa de los recuerdos de la infancia, de los primeros sentimientos del corazón, de las dulzuras, y hasta de los rigores de la casa paterna. Mas solitario que los demás hombres, mas circunspecto por la costumbre de padecer, el montañés deja traslucir mas que ellos todos los sentimientos de su vida. No debe, pues, atribuirse á los encantos de los lugares que habita; el extremado amor que manifiesta á su país, porque este amor procede de la reconcentraci6n de sus ideas y de la limitada extension de sus necesidades.

Empero, ¿son las montañas el lugar propicio á las meditaciones? Dudo mucho que el alma pueda entregarse á ellas cuando el pasear ocasiona un gran cansancio, y cuando la atencion que es preciso conceder al terreno que se pisa, ocupa enteramente el ánimo. El amante de la soledad que se entregase á poéticas fantasías mientras subiese el Montanvert, pudiera caer en algun pozo, á imitacion del astrónomo que intentaba leer en el cielo *y no podia ver lo que á sus piés tenia*.

Sé que los poetas han deseado los valles y los bosques para conversar con las Musas. Pero oigamos á Virgilio:

Rura mihi et rigni placeant in valibus amnes:
Flumina amem sylvasque inglorius.

El vate de Mantua se complace en los campos, *rura mihi*; busca los valles agradables, risueños y graciosos, *vallibus amnes*; se goza en los rios, *flumina amem* (no en los torrentes), en los bosques donde viviese sin gloria, *sylvasque in glorius*. Esos bosques son hermosas cercas de encinas, olmos y hayas, mas no tristes bosques de abetos, porque á ser así no hubiera dicho:

Et ingenti ramorum protegat umbra.

¿Y dónde quiere que esté situado este valle? En un lugar que atesore hermosos recuerdos, nombres

armoniosos, gratas tradiciones de la Fábula y de la Historia;

O ubi campi,
Sperchiusque, et virginibus bachata lacanis
Taygeta ¡O qui me gelidis in vallibus Hæni
Sistat!

Virgilio hubiera mirado con indiferencia el valle de Chamouny, el ventisquero de Taconay, el pequeño y el gran Joraso, la aguja del Dru y la peña llamada *Cabeza negra*.

Por último, si hemos de dar asenso á Rousseau y á los que han recogido sus errores sin heredar su elocuencia, el viajero, al llegar á la cumbre de las montañas, se cree transformado en otro hombre. «En las elevadas montañas, dice Juan Jacobo, las meditaciones adquieren un carácter grande, sublime y proporcionado á los objetos que se prestan á nuestra vista: es una especie de tranquilo deleite, que nada tiene de sensual. Parece que al elevarse sobre la morada de los hombres, se dejan en ella todos los sentimientos bajos y terrenos.... Dudo que ninguna agitación violenta pueda resistir la continuación de semejante morada, etc.»

¡Plugiuese á Dios que así fuera! ¡Cuán dulce sería poder sustraerse á los males que nos abruma, sin mas que alzarse algunas toesas sobre la llanura! Por desgracia, el alma del hombre es independiente del aire y de los lugares, y un corazón abrumado de amarguras no pesa menos en las alturas que en los valles. La antigüedad, que debe ser citada siempre que se trata de verdad de sentimientos, no opinaba como Rousseau respecto de las montañas, sino que por el contrario, las representaba como asilos de la desolación y del dolor: si el amante de Julia olvida sus pesares entre los peñascos del Valés, el esposo de Eurídice alimenta sus dolores en los montes de la Tracia. A pesar del talento del filósofo ginebrino, duda que la voz de Saint-Preux resuene en el porvenir tanto tiempo como la lira de Orfeo. Edipo, este acabado modelo de las calamidades de los reyes, esta cumplida imagen de todos los males de la humanidad, busca también los lugares desiertos:

Ne va
du Cyteron remontant vers les cieux,
Sur le malheur de l'homme interroger les dieux.

Finalmente, otra antigüedad, aun mas hermosa y sagrada, nos presenta los mismos ejemplos. La Escritura, que conocia mejor la naturaleza del hombre que los falsos sabios del siglo, nos muestra siempre los grandes desgraciados, los profetas, y al mismo Jesucristo, retirándose en el día de la aflicción á los lugares elevados. La hija de Jefté, antes de morir, pide permiso á su padre para ir á llorar su virginidad á las montañas de la Judea: *Super montes assumem*, dice Jeremías, *fletum aclamentum*: «Subiré á las montañas para llorar y gemir.» Jesucristo bebió en el monte de las Olivas el cáliz lleno de todos los dolores y de todas las lágrimas de la humanidad.

Es cosa digna de ser observada que en las páginas mas razonables de un escritor que se habia declarado defensor de la moral, se descubran vestigios del espíritu de su siglo. Ese pretendido cambio de nuestras disposiciones interiores, segun el lugar que habitamos tiene ciertas ocultas analogías con el sistema de materialismo que Rousseau pretendia impugnar. Este sistema hace del alma una especie de planta sometida

á las mudanzas del aire, y que sigue y señala como un instrumento, el reposo á la agitación de la atmósfera. Y ¿cómo el mismo Juan Jacobo hubiera podido creer de buena fe en la saludable influencia de los lugares culminantes? ¿No arrastró el desgraciado por las montañas de la Suiza, sus pasiones y sus miserias?

Solo en una circunstancia es cierto que las montañas inspiren el olvido de las turbulencias terrenas: esto es, cuando nos retiramos del mundo para consagrarnos á la Religión. Un anacoreta que se dedica al servicio de la humanidad; un santo que quiere meditar en silencio las grandezas de Dios, pueden disfrutar de alegría sobre los peñascos desiertos; pero en estos casos, no pasa al alma de los solitarios la paz de los lugares, sino que por el contrario, el alma derrama su serenidad en la region de las tormentas.

Cierto instinto universal ha inducido á los hombres á adorar al Eterno en los lugares elevados, pues parece que la oracion necesita salvar menos espacio para llegar al trono de Dios, cuanto mas cercana se halla al cielo. Y como el Cristianismo era depositario de las tradiciones de este culto antiguo, nuestras montañas, y en su lugar nuestras colinas, estaban pobladas de monasterios y antiguas abadías; de aquí procedía que el hombre, que desde una ciudad corrompida se encaminaba á entregarse á los crímenes, ó por lo menos á las vanidades, descubria al levantar sus ojos, santuarios en las vecinas cumbres; y la cruz, que desplegaba á lo lejos el estandarte de la pobreza á la vista del lujo, imbuía al rico ideas de sufrimiento y de conmiseración. Nuestros poetas conocieron muy poco el arte, cuando se burlaban del monte Calvario, de esas casas y esos retiros que reproducían entre nosotros los países del Oriente, las costumbres de los solitarios de la Tebaida, los milagros de una religion divina, y el recuerdo de una antigüedad que no puede ser borrada por la memoria de Homero.

Pero estas reflexiones pertenecen á un orden diferente de ideas y sentimientos, y no á la cuestión general que acabamos de examinar. Despues de haber hecho la crítica de las montañas, es justo terminar con su elogio. He consignado ya que son indispensables á un hermoso paisaje, y que deben formar la lejanía ó el último término de un cuadro. Sus desiguales remates, sus descarnadas laderas, sus miembros gigantescos y desagradables cuando se les examina de muy cerca, son admirables cuando en el fondo de un horizonte vaporoso se redondean y coloran en una luz fluida y dorada. Añadamos que las montañas son los manantiales de los rios, el último asilo de la libertad en los tiempos aciagos de esclavitud, y una utilísima barrera contra las invasiones y las calamidades de la guerra. Todo lo que pido se reduce á que no se me obligue á admirar las rudas crestas de las montañas, los barrancos, los fosos, las cavernas y las sinuosidades de los valles de los Alpes. A esta condicion, diré que hay algunas montañas que visitaria aun con sumo placer, como por ejemplo, las de Grecia y la Judea. Grato me será recorrer los lugares de que mis nuevos estudios me obligan á ocuparme diariamente, y me trasladaré gustoso al Tabor y al Taigeto en busca de nuevos colores y de nuevas armonías, despues de haber pintado los montes sin nombre y los ignorados valles del Nuevo-Mundo (1).

(1) Estas palabras anunciaban el viaje á Grecia y Tierra-Santa, que realicé el año siguiente, 1806. Véase el *Itinerario*.

PENSAMIENTOS, REFLEXIONES Y MAXIMAS.

La miseria del hombre no consiste únicamente en la debilidad de su corazón, en la inconstancia de su espíritu y en la pequeñez de su razón, sino que se echa de ver en cierto fondo de ridiculez inherente á los negocios humanos. Las revoluciones descubren especialmente esta insuficiencia de nuestra naturaleza; si se consideran un globo son impotentes, pero al penetrar en sus pormenores, se advierten tanta ineptitud y baja, tantas celebridades usurpadas, tantas cosas consideradas como obras del genio, siendo sin embargo, meros caprichos del acaso, que produce un asombro igual el alcance de las consecuencias y la trivialidad de las causas.

Cuando nos hallamos á alguna distancia de los hechos, y no hemos vivido en medio de las facciones y los facciosos, solo nos afecta el lado grave y doloroso de los acontecimientos; empero no sucede así cuando somos actores ó espectadores comprometidos en escenas sangrientas. Tácito, á quien la naturaleza habia hecho poeta, hubiera tal vez escrito la sátira de Petronio, si se hubiera sentado en el senado de Meron; pero pintó la tiranía de este príncipe porque vivió despues de él. Butler, dotado de un genio observador, hubiera acaso escrito la historia de Carlos I, si hubiera nacido en tiempo de la reina Ana, al paso que se contentó con rimar el *Hudibras*, porque habia visto los personajes de la revolucion de Cromwell: habíalos visto hablando á todas horas de virtud, de santidad, de independencia, mientras presentaban sus manos á todas las cadenas, y se encorvaban bajo el yugo despreciable del hijo, despues de haber inmolado al padre.

Hay ciertos crímenes políticos que ya no es posible cometer impunemente á causa de la adelantada civilización de los pueblos. Nadie imagine que estos pueden decir sin resultado, á sus gobiernos: « Tal crimen ó tal calamidad ha sobrevenido por tu culpa. » Las bases del mismo poder vacilan á estas acusaciones, y faltándole el respeto de las naciones, su existencia corre grave peligro.

En una nacion que aun conserva la inocencia primitiva, los vicios introducidos por los extranjeros hacen progresos mas rápidos que en una sociedad mas corrompida; así, el hombre sano muere en el infecto ambiente en que vive sin esfuerzo el hombre familiarizado con él.

Puede llegarse á la libertad por dos caminos: por las costumbres y por las luces. Mas, cuando estas y

aquellas faltan á la vez; cuando no se puede ser republicano á la manera de Esparta, ni á la de los Estados- Unidos, se puede conquistar la libertad, mas no conservarla.

La posteridad se acuerda de los hombres que han transformado los imperios, pero no de los que los han restablecido, á no ser que este restablecimiento haya sido duradero. Admirase lo que crea, pero apenas se atiende á lo que conserva, pues una gran gloria cubre de tinieblas todo lo que la sigue.

Es vano empeño esforzarse por restablecer la virtud en un pueblo que la ha perdido, pues no se logrará conseguirlo. Todo encierra un principio de destrucción. ¿Con qué fin lo ha establecido Dios? Este es su secreto.

Nos admiran los triunfos de la medianía; pero al juzgar así, incurrimos en un error. La medianía no es fuerte por sí mismo, sino por lo demás que representa, y en este sentido su poder es formidable. Cuanto mas pequeño en poder es el hombre, conviene mas á todas las pequenezes. Comparándose todos á él, se dicen. « ¿Por que no llegaré tambien á ese puesto? » No excita la menor envidia y los cortesanos le prefieren porque pueden despreciarle, al paso que los reyes lo consideran como una manifestacion de su omnipotencia. La medianía no solo tiene todas estas ventajas para permanecer en su altura, sino que tiene un mérito mucho mayor, pues excluye del poder á la capacidad. El diputado de los necios y los imbeciles, acaricia en el ministerio dos pasiones: la ambicion y la envidia.

La medianía suele ser secundada por ciertas circunstancias que dan á sus planes un aire de profundidad. Esos hombres importantes que por medio de la muchedumbre dirigen al parecer la fortuna, son mera y sencillamente dirigidos por ella: como le dan la mano, creen que la guian.

Los hombres de genio son por lo regular hijos de su siglo, y en cierto modo lo compendian, pues representan sus luces, sus opiniones y su espíritu; pero suelen acontecer que nacen demasiado pronto ó demasiado tarde. Si nacen demasiado pronto, es decir, *antes que su siglo natural*, pasan desapercibidos y su gloria solo empieza cuando se inaugura el siglo á que debian pertenecer; si nacen demasiado tarde, esto es, *despues de su siglo natural*, nada pueden y no llegan á una celebridad duradera. Excitan un momento la

curiosidad, como la escitaria el viejo que pasease por las plazas públicas con el traje de su juventud. Los hombres de genio que llegan *demasiado tarde* son tan desconocidos como los que llegan *demasiado pronto*; pero no tienen como estos, un porvenir, una posteridad, una descendencia que establezca su gloria, y solo pueden ser admirados por el pasado, por sus ascendientes, y por el mundo público de los muertos.

Después de los tiempos de calamidades y de gloria, un pueblo se inclina al descanso, y por poco que se vea regido por instituciones tolerables, se deja conducir por los mas oscuros ministros del mundo: esto le distrae y le divierte, pues no puede menos de reirse al comparar esos pigmeos con los gigantes que ha visto. Hay, es cierto, algunos ejemplos de leones uncidos á un carro y giados por niños, pero han concluido siempre por devorar á sus guías,

Para los verdaderos santos y hombres superiores, la Religión es un avisador severo, que les enseña la humanidad y la verdadera virtud, para los hombres de pasiones impetuosas y vulgares, sus lecciones sirven únicamente para fomentar el orgullo, dándole apariencias de virtud. «Piso la cabeza de mis amigos y enemigos: ¿quién puede, no obstante, decir que carezco de humildad? ¿No me he puesto de rodillas?»

Escuchad á ese hombre que se llama *monseñor*, y os dirá que es un plebeyo, que quiere permanecer tal, que no ha nacido para ocupar el puesto en que se mira, y que la revolución no tendrá fin sino cuando un plebeyo como él deje de ser uno de los primeros personajes del Estado. No obstante, monseñor ha llevado el gorro encarnado para dejar de ser un plebeyo, como lleva un vestido bordado y un título para salir de la misma clase. Desconfiad de la humildad de monseñor, y creed al paisano del Danubio.

Así como ciertos mendigos viven á expensas de sus llagas, ciertos hombres explotan todo, hasta el desprecio.

Basta de política sentimental, dicen los ministros. ¡Tranquilizense! ningún peligro les amenaza por este lado, pues hay pocos hombres que hayan conservado su antiguo amor. No queréis ser amados: ¡teneis razón! Pero toda vez que preferís la política de hecho á la de derecho, aceptad todas sus consecuencias. El hecho nos dará el derecho de examinar si vosotros, ministros, sois buenos para algo, y si hay otro hecho de mejor ley que el vuestro.

Si recibís un bofetón, descargad, cuatro sin mirar en qué mejilla.

Conviene postrarse en el polvo cuando se ha cometido una falta, pero no se debe permanecer en él.

Ved á ese hombre: su resentimiento no conoce límites. ¿Por qué se queja Teóculo de haber sido ultrajado por mí? ¿qué insolencia! Pero, hombre poderoso, si Teóculo tiene también su poder, sino reconoce en nadie el derecho de ultrajarle, ¿qué teneis que replicarle? El tiempo en que un cortesano hacia temblar, ha pasado; ya no hay favor posible sino para los ayudas de cámara, pues todo se reduce al valor personal. El que puede decir: «Has tenido necesidad de mí, mas yo no te he necesitado,» es en la época que atravesamos, el verdadero superior. Tal vez en otro tiempo andaban mejor las cosas, mas hoy pasan así. Los *hombres* han ganado en poder lo que de él ha perdido el *hombre*.

El vicio, la felicidad y el infortunio dependen de un

soplo. Dos horas después de la muerte, nadie se acuerda del difunto, ni se acuerda mas de los que viven. ¿Qué importan nuestras alegrías, nuestros pesares, nuestra existencia, no solo á nuestro vecino, que nunca nos ha visto, sino también á la turba de los que llamamos nuestros amigos? ¿Por qué, pues, mirar la vida como cosa de importancia? En realidad no merece atención alguna.

Olvidamos algunas veces nuestros dolores y luego volvemos á tomarlos, como un fardo que hemos dejado un momento para descansar.

Concluimos por convertir en realidades los temores del cariño: una madre ve en el rostro de su hijo la, señales de una enfermedad que no existe. Las demás quimeras de la vida, así en lo moral como en lo físico producen las mismas ilusiones respecto del dolor y de placer.

Cuando penetra en nuestro espíritu un pensamiento verdadero, proyecta una luz que nos hace ver otros muchos objetos que anteriormente se nos ocultaban.

Los sentimientos de cierto orden se acrecientan en proporción de las desgracias del objeto amado: son una llama que se estiende al soplo de la tempestad.

La virtud queda olvidada algunas veces á su paso en la tierra, pero renace tarde ó temprano, y es exhumada del sepulcro como se saca del seno de la tierra una estatua antigua, que excita la admiración de los hombres.

Las personas honradas lloran muchas veces á la misma hora en que se regocijan los seres perversos; así pues, el mismo momento ve llevar á cabo una acción virtuosa y otra criminal. El vicio y la virtud son un hermano y una hermana, pues han sido engendrados por el hombre, Abel y Cain eran hijos de un mismo padre.

Hay hombres para quienes la virtud no es la virtud reconocida por los demás, pues no dan este nombre á todas las cosas regulares, sino á las inferiores, de la existencia, es decir, á esa prohibida vulgar que llena exactamente sus deberes: para ellos la virtud es un arranque del alma, que nos induce al bien á expensas de nuestra felicidad ó de nuestra vida; ó bien es una fuerza que nos hace dominar nuestras mas impetuosas pasiones. Esos hombres se elevan sobre el nivel de los demás, pero ¿de qué sirven en la sociedad? Como las montañas en la naturaleza, y como los monumentos gigantes en las artes, estralimitan las proporciones conocidas: los miramos y los tememos.

Los caracteres exaltados, insopertables en las personas vulgares, unidos á una alma grande ó á un talento brillante, arrastran todo en pos de sí. Estos caracteres no se proponen seducir, y no obstante seducen; ignoran su propia fuerza, y se admiran al ver que han hecho tantos seres felices ó tantas víctimas.

Las desgracias obran sobre nosotros en razón de nuestro carácter. Un hombre podría, por ejemplo, salvarse con solo dar algunas explicaciones, pero se niega á hacerlo, al paso que otro se promete repararlo todo hablando, y se pierde.

Cosa extraña sería que el hombre aspirase á una constancia inalterable, cuando toda la naturaleza cambia en su derredor: el árbol pierde sus hojas, el ave sus plumas, el ciervo sus astas. ¿Y solo el hombre podría decir: «Mi alma es inalterable, y cual es hoy será mañana?»; El hombre, cuyos sentimientos son mas in-

constantes que las nubes! ¡El hombre, que quiere y no quiere! ¡el hombre, que se basta hasta de sus mismos placeres, como el niño de sus juguetes!

Es frecuente que los que se aman se juren, al principio de su felicidad, abandonar juntos la vida; pero ocurre tambien que como no caminan con igual ligereza, cuando el uno se halla próximo á la meta fatal, el otro no lo está, ó ya no existe.

El instinto satírico es el mas asequible de todos. Nada es tan fácil como descubrir un ridículo ó un vicio, y burlarse de él. Pero para comprender el genio y la virtud se necesitan cualidades de un orden superior.

Si, cuando se habla de los vicios de un hombre, ois decir: «Todos lo dicen,» no lo creais; pero si cuando se habla de sus virtudes, se aduce el mismo testimonio, creedlo.

Cuando os abrumen los pesares, fijad vuestra vista en un niño dormido, á quien no altera ningun cuidado, á quien ningun sueño alarma, y os sentireis partícipes de su inocencia, y por lo tanto, tranquilos.

Cuando dos amigos sufren, dejan algunas veces transcurrir horas enteras sin hablar palabra. Y en efecto, ¿qué conversacion equivaldria á ese comercio del pensamiento, en la lengua muda del infortunio?

Los demás nos parecen siempre mas felices que nosotros, y no obstante, lo singular es que el hombre que cambiaria muy gustoso su posicion, nunca se prestaria á cambiar de persona. Querria, acaso, rejuvenecerse un poco, tal vez mucho, y andar derecho si es cojo; pero se reservaria el conjunto de su persona, en la que encuentra mil atractivos y cierta cosa indefinible que le encanta. Por lo que respeta á su parte moral, no haria en ella la mas ligera modificacion: consiste esto en que nos familiarizamos con nosotros mismos, y en que nos atrae irresistiblemente nuestra antigua compañía.

Cuando volvemos á ver en los dias de la adversidad el lugar que habitábamos en las horas felices, exhálase de nuestro sér cierta tristeza formada del recuerdo de las alegrías pasadas y del sentimiento de los males presentes. ¿No hemos sido felices allí en tal época? ¿Y ahora? Aquellos lugares son, no obstante, los mismos: ¿qué es, pues, lo que ha cambiado? El hombre.

Los que alguna vez han tenido algun secreto importante que comunicar á un amigo, saben el pesar que se experimenta cuando al llegar con el corazon lleno de ternura, no se halla á este amigo ni nadie puede decirle su paradero. ¿Lo habrá arrebatado la muerte? Hé aquí la duda atroz.

Necesítanse varios secretos para reparar la hermosura corporal, pero la moral no há menester de ellos.

Cada hombre tiene un lugar particular en el mundo, donde puede decir que ha disfrutado la mayor suma de felicidad: este cálculo no exige mucho tiempo.

Una pasion dominante apaga todas las demás en nuestro corazon, bien así como el sol hace desaparecer los astros al resplandor de sus rayos.

Unos hombres viajan á la par, y se hablan poco ó nada en el camino. Aunque del mismo país, ni se entienden ni son de una misma naturaleza: unos han nacido blancos y otros negros.

La conversacion de los hombres eminentes es ininteligible para las medianías, porque es preciso sobreentender y adivinar mucha parte del asunto.

Cierta extension de talento hace que nos acostumbremos fácilmente á los usos extranjeros, y que parezca que los hemos practicado durante toda nuestra vida, exceptuando cierto embarazo que no carece de gracia ó de nobleza.

¿Puede la celebridad alucinarnos hasta el punto de inspirarnos una pasion hácia lo que la naturaleza ha hecho desagradable? No lo creo: la gloria es para un viejo lo que los diamantes para una vieja: la adornan, pero no la hermosean.

Los placeres de nuestra juventud, reproducidos por nuestra memoria, se asemejan á una ruinas vistas á una luz artificial.

Hay una edad en que algunos meses añadidos á la vida, bastan para desarrollar facultades sepultadas hasta entonces en un corazon medio cerrado: nos acostamos niños y despertamos hombres.

¿Deberemos admirarnos de que algunas horas constituyan una gran diferencia en el corazon del hombre? ¡Ah! entre la muerte y la vida media un minuto.

Nos reconciliamos sin esfuerzo con un enemigo que nos es inferior por las cualidades del corazon ó del espíritu, pero nunca perdonamos al que nos sobrepuja en alma ó en genio.

Vuestro amigo acaba de partir: os creéis poderosos contra su ausencia, pero si vais á visitar su vivienda, ella os dirá lo que habeis perdido y os falta.

El que perpetúa un crimen no tiene tiempo de escuchar el remordimiento, en el peligro que corre y en el tumulto de sus pasiones; pero el que solo es cómplice y confidente del crimen, sin haber tomado una parte activa en él, ese oye la voz vengadora de la conciencia, y cuenta en su retiro los minutos que transcurren: «¡Ahora sucede esto, se dice, ahora se descarga el golpe!»

¡Sí, desgraciado! Se descarga el golpe de la mano de Dios, que gravita sobre tí.

El gusano del sepulcro empieza á roer la conciencia del perverso, antes de devorar su corazon.

¿Podria, merced á ciertas circunstancias fatales, la causa mas justa parecer la mas injusta? ¿Puede presentarse un caso en que la inocencia no pueda probarse, y en que la víctima que perece y el juez que sentencia sean igualmente inocentes? ¿Si así fuese, ¿qué seria de la justicia humana?

Si hay el derecho de matar á un tirano, este puede ser vuestro padre; ¿está, pues, autorizado en ciertos casos el parricidio? ¿Quién puede sustentar semejante proposicion?

Hay un encanto secreto en el fondo de los sufrimientos, así como en el fondo de los placeres se oculta cierto dolor, porque la naturaleza del hombre es la miseria.

El que padece por Dios tiene la ventaja de hallarse siempre dispuesto á su última hora: ventaja no concedida á todos los desgraciados.

Las grandes aflicciones abrevian al parecer las ho-

ras, como asimismo las grandes alegrías, porque todo lo que impresiona enérgicamente el alma impide contar los instantes.

Preciso es tener un corazón elevado para derramar ciertas lágrimas: no de otro modo el manantial de los ríos caudalosos se encuentra en la cumbre de los montes que se avecinan al cielo.

El alma del hombre es trasparente como el agua de una fuente, mientras no se remueven las amarguras que oculta en su fondo.

La sencillez procede del corazón, la ingenuidad nace del espíritu; un hombre sencillo es casi siempre un buen hombre, siendo así que un hombre ingenuo puede ser un malvado; no obstante, la sencillez es siempre natural, y la ingenuidad puede ser efecto del arte.

Hombres hay que no son elocuentes porque su corazón habla muy alto, y les impide oír lo que dicen.

Pide al arrepentimiento la túnica de la inocencia, pues él es quien la encuentra y devuelve á los que la han perdido.

Acariciar la virtud sin ser capaz de amarla, es estrechar las hermosas manos de una joven con las rugosas de la senectud.

Entrando los trabajos en el orden de nuestros destinos, los que se proponen olvidarlos y se ocupan del porvenir, no reflexionan que no verán este porvenir. Cada cual entrega á otro, al morir, el peso de la vida: en cada sepulcro hay un hombre que recibe la carga de la mano del que va á descargar para siempre, y el nuevo mensajero, lleva á su vez esta carga hasta el sepulcro que le espera.

Todos los hombres se adulan á sí mismos, todos tienen en los labios esta frase banal: «¡Cuánto dista esta época de tal otra!»—¡Cuánto dista! ¿Tan larga es acaso la duración de la vida?

El árbol se desnuda hoja por hoja: si los hombres contemplasen todas las mañanas lo que han perdido el día anterior, conocerían á fondo toda su pobreza.

El hombre no abriga interiormente aversión alguna contra la muerte, y aun experimenta cierto placer en morir. La lámpara que se apaga no padece.

La muerte, en las creencias de los salvajes, es una mujer alta y muy hermosa á quien solo falta el corazón.

Las cenizas de un difunto, sea cual fuere la antigua condición de este, son sagradas. El polvo de los tiranos da lecciones tan interesantes como el de los buenos reyes.

Hay dos puntos de vista desde los cuales la muerte se muestra muy diferente. Desde uno, se la ve á la extremidad de la vida, como un fantasma á la de una larga alameda: parece pequeña en lontananza, pero á medida que nos acercamos á ella se agiganta, y el inmenso espectro concluye extendiendo sobre nosotros sus verdas manos, que nos ahogan.

Desde el otro punto de vista, la muerte parece enorme en el fondo de la vida; disminuye, pero á medida que caminamos por ella y próximos ya á tocarla, desaparece. El necio y el sabio, el cobarde y el valiente, el impío y el buen cristiano, el hombre dado á los deleites y el virtuoso, ven, pues, de diferente manera la muerte en la perspectiva.

La voz del hombre no se reanima como la del eco: este puede dormir diez siglos en el fondo de un desierto, y responder al punto al viajero que le pregunta, pero el sepulcro jamás responde.

Tú que diste tu vida y tu muerte por los hombres; tú, que amas á los que lloran, ¡escucha la plegaria del desgraciado que sufre á tu ejemplo! sosten el peso que le abrumba, y sé para él el Cirineo que te ayudó á llevar la cruz en el Gólgota!

FIN.

A-188136807